

Revista de **FOLKLORÉ**

N.º 292



Félix Barroso Gutiérrez ■ Fernando Herrero
Luis Manuel Mediavilla de la Gala ■ José Luis Puerto

Editorial

Actuar, interpretar, es plasmar la expresión poética y musical en una representación única e irrepetible que exterioriza la idea y le añade gestos y detalles. La actuación diferencia al arte verbal de la literatura. En el patrimonio oral esa exteriorización sigue el siguiente proceso: se parte de unas creencias (tradición), esas creencias se transforman en expresiones susceptibles de ser transmitidas (creación) y se exponen finalmente ante un público (práctica). Jakobson veía en ese proceso seis factores fundamentales: un comunicante, un oyente, un código, un mensaje, un contexto o referente y una conexión psicológica entre comunicante y oyente. En toda esa evolución se utilizan marcos adecuados para la correcta comprensión de lo que se quiere transmitir (lenguaje común, conocimientos tópicos, etc.), pero también se concede gran importancia a una imprescindible fidelidad a la tradición que se manifiesta en la elección de determinadas fórmulas de un lenguaje antiguo constitutivas de un código especial, conocido por los que escuchan. Sobre la base de ese código antiguo está construida una parte del repertorio que cada generación reconoce como propio. La experiencia de Constantin Brailoiou en su trabajo de campo es significativa. El musicólogo rumano recogía en cada pueblo por separado a intérpretes de cada una de las cuatro generaciones que constituían un grupo de población: niños, mozos, adultos y ancianos. Un tanto por ciento de canciones representaba el núcleo de temas que cada generación añadía al repertorio común identitario y otro tanto por ciento estaba constituido por aquellos temas que todas las generaciones conocían y aceptaban como "propios" de la comunidad. El equilibrio entre estos dos repertorios constituía la clave correcta para la conservación y evolución de lo que se transmitía oralmente a través de una puesta en escena.



S U M A R I O		Pág.
Un gran poema épico: "I la Galigo"		111
	Fernando Herrero	
La figura juglaresca de tío Goyo, un arquetípico Hurdano		114
	Félix Barroso Gutiérrez	
Actitudes y manifestaciones populares frente a la muerte, en la comarca de "La Peña" (Palencia).....		131
	Luis Manuel Mediavilla de la Gala	
Motivos legendarios en la provincia de León. Antigua pelea mítica entre el Sol y la Luna		142
	José Luis Puerto	

UN GRAN POEMA ÉPICO: “I LA GALIGO”

Fernando Herrero

La verdad es que desconocemos muchos de los grandes poemas épicos que han fijado la leyenda y la historia de antiguas civilizaciones. Cuando llega la ocasión de acercarnos a ellos, asombra comprobar su calidad poética, su imaginación y también sus coincidencias y homologaciones. Cuando Peter Brook y Jean Claude Carriere pusieron en pie la versión escénica del Mahabaratha, la actualidad de esta obra nacida de la tradición hindú se hizo visible en la propia sociedad occidental. Ahora Rhoda Graver y Robert Wilson nos traen un poema más insólito, el *Sureq Galigo*, procedente del sur de Sulawesi, Indonesia, quizás el más largo que se ha escrito, más de 6.000 folios y que hoy parece que sigue dando lugar a versiones orales que han modificado los textos originales. Es pues, un hecho cultural vivo y no un objeto museístico, por lo que su presencia en España, aún con pocas representaciones merece un comentario desde esta revista que se asoma al folklore, tanto desde el punto de vista historicista y documental, como su proyección cultural y social.

El espectáculo toma el título del personaje protagonista, tiene una duración de tres horas ininterrumpidas y se asemeja a una ópera exótica, música y canto original en directo, con poco texto hablado y una preponderancia de la danza, en una plasmación imagénica brillantísima y una codificación gestual muy específica. Los intérpretes son todos indonesios y por ello no se da el mestizaje, el espléndido mestizaje actoral del espectáculo de Brook, y la sensación de autenticidad es absoluta, aún tamizada por la estética peculiar de Robert Wilson, que se integra o integra según quiera verse, la muy diferente de un país asiático prácticamente desconocido en el terreno cultural. Cuatro años han transcurrido para poner en pie este poema épico y darle sustancia teatral. En todo caso un empeño extraordinario digno de admiración.

El recibimiento de “I La Galigo” en España ha mostrado lo que tantas veces hemos detectado, la imparable decadencia cultural que es incapaz de separar y distinguir lo excepcional de lo simplemente aceptable e incluso francamente mediocre, en un juicio que como Claude Magris apuntaba en “El País”, parece aceptar que todo es intercambiable. Son curiosas las reflexiones que han escrito competentes críticos sobre el aburrimiento o el cansancio que experimentaban ante estas tres horas de ritmo lento y cadencioso, en una es-

tética no dominada del todo por el espectador, y mucho más preocupantes cuando crean un síndrome en el público al referirse a la ausencia de descanso como medio para evitar la huída de los espectadores. Es una forma de demostrar poco respeto a éstos tanto como a los artistas e incluso al propio comentarista. La fascinación del espectáculo es total y no sólo desde el puro esteticismo formal, sino también derivada de la historia que se cuenta y de la dramaturgia que expresa una serie de conflictos que surgen de ella. Limitar “I La Galigo” a la pura belleza es ignorar todo lo ancestral que se va creando con calor y temperatura muy lejanas de la frialdad de la que se ha acusado al montaje. Creo que esta visión escénica de la epopeya indonesia es uno de los trabajos más sentidos de su director. Escenas tan geniales como la de los gemelos en el vientre de la madre alcanzan un grado de emoción que consigue eso tan difícil del soplo poético que llega a los sentidos y al propio espíritu.

Como es lógico fue necesario hacer una selección entre las escenas del caudaloso poema. En esta cosmología existen tres mundos, el superior y el subterráneo, habitados por los dioses, y el mundo medio “Reino de los seres ordinarios y de la realeza de sangre blanca descendientes de los dioses”. El espectáculo nos muestra este mundo medio desde su inicio hasta el cambio, su decadencia, su caída, y su renacimiento esta vez sin que los dioses intervengan. Un prólogo y un epílogo entre los cuales se introducen diez escenas que muestran las vicisitudes de los gemelos, Sawérigading y Wé Tenriabéng, nombres asaz difíciles. Se aman desde antes de nacer pero no podrán unirse, el incesto es un tabú, aunque sí lo harán sus hijos al final de la saga. El desarrollo de estas escenas se hace muy comprensible porque existe una vertiente de cómic exótico, como en el fondo lo son todas las leyendas, con episodios fantásticos e imaginativos, que la puesta en escena clarifica de forma magistral.

Todas las sagas tienen connotaciones homologables, incluso las que han surgido desde la imaginación de escritores como Tolkien. *El Anillo*, por ejemplo, como representación del poder en sus aspectos positivos y mucho más en los negativos. La tetralogía wagneriana tiene el nombre común de “El Anillo del Nibelungo”, y en esta epopeya indonesia llega a poder resucitar a los muertos. Curiosa significación la de este pequeño

objeto que se mantiene a través de los siglos, incluso en la ritualidad cotidiana, como signo de intercambio de amor y fidelidad que todos los cónyuges occidentales asumen en el matrimonio religioso y en el civil.

El tema del incesto es asimismo recurrente. Wagner hace de los gemelos Sigmundo y Siglinde los personajes más bellos de la tetralogía que culminan su pasión con todo el conocimiento de su origen. El autor, muy a pesar suyo los castiga aunque de la pareja nazca el joven héroe Sigfrido que caerá en la trampa preparada por el hijo del Nibelungo. El incesto no puede ser aceptado, incluso en estas circunstancias. En Wagner se consume y por ello tienen que desaparecer los infractores. Una de las incógnitas fundamentales de esta epopeya que siempre está de actualidad. En "I La Galigo" los gemelos no llegan a hacer el amor y buscan otras alternativas siendo tan importantes las del hombre como las de la mujer. Se producen otras historias dramáticas dentro de la global y una guerra destruye a casi todos los personajes aunque el anillo permite la resurrección y en cierta forma una especie de redención que cumplirán los hijos. El sueño de los padres se hace diferente y más humano y por ello los dioses tienen que partir y alejarse del futuro de éstos.

En la epopeya o el poema épico como quiera llamarse hay también muertes, luchas sin cuartel, invenciones de todo tipo y la presencia de un árbol en el que se deposita toda la sabiduría del mundo. Otra vez la naturaleza, coadyuvante en parte pero sufriendo la agresión que supone abatirlo. El futuro, en todas las epopeyas no puede admitir estos ataques contra la naturaleza y por ello el mundo existente tiene que cambiar. La transformación del árbol en un barco, origina igualmente la del mundo medio y la posterior conducta de los hombres.

Todo está contado en "I La Galigo" con una rica y paradójica sencillez. Desde la fijación del texto y su estructura secuencial a la utilización de los signos de la representación, los años de trabajo consiguen algo muy importante como es la consecución de un continuum armónico en el que se va intercalando los episodios individuales y los colectivos en una especie de eterno retorno en lo que puede considerarse la esencia de la humanidad. En Indonesia, en la India, en los países nórdicos o en los latinos, en todo el mundo las grandes leyendas unen a su componente mítico la percepción de un humanismo que puede llegar a la utopía. En el *Mahabaratha* de Brook, el final proyectaba una reconciliación de los antiguos enemigos, en un estadio después de la muerte donde se encontraba el Dharma que podríamos definir como la comprensión de lo irracional y la vuelta al estado primitivo de comprender a los

otros. Incluso la obra wagneriana concluye con la posible redención por el amor que configuraría un mundo nuevo. La realidad es mucho menos optimista. El mundo está cuarteado, las diferencias entre las potencias desarrolladas y los estados de África y Sudamérica por ejemplo se agrandan cada vez más, como la diferencia entre los pobres y los ricos, que potencia además los fanatismos religiosos. Hambrunas, masacres, irracionales luchas tribales, emigraciones en condiciones ínfimas de seguridad con una lista de muertos que se acrecienta cada día, agresión a la infancia, desde todos los puntos de vista, prostitución obligada y un etcétera muy largo. El Sureq Galigo es, a este respecto mucho más abierto y generoso en su visión global de la humanidad.

El conocimiento de este poema épico en su versión escénica, potenciación de la luz en esas imágenes que sólo su realizador es capaz de conseguir, armonía entre el canto, la danza y el gesto, debería estimular la multiculturalidad, entendiendo este concepto de forma muy diferente a la que muchos consideran como mezcla caprichosa que puede destruir las raíces de lo propio. Muy al contrario su verdadero sentido parte precisamente del respeto y enriquecimiento de lo autóctono, al tiempo que se reconocen las virtudes de otras civilizaciones, encontrándose muchos puntos en común en estéticas en principio dispares. Por esta razón espectáculos como el que comento o el último de Bartabás con sus caballos y monjes tibetanos son fundamentales para comprender este fenómeno. El Forum de las Culturas de Barcelona, finalizado entre la polémica, fijada en el número de visitantes o en las posibles especulaciones inmobiliarias, no muy aclaradas por cierto, ha tenido su punto más positivo en esta proyección de la diversidad de las culturas, de la necesidad del desarrollo sostenible y el respeto a la naturaleza, de la superación de los cotos cerrados, tanto en la política y la sociedad como en la cultura. El desprecio por lo diferente sigue siendo difícil de superar, lo que no deja de ser absolutamente lamentable.

Algunos de los grandes creadores en las diversas artes escénicas, han incidido en esta búsqueda de lo exótico de las claves técnicas y estéticas de otras culturas, buscado su integración, de la que han surgido obras maestras de la escena, tanto en el teatro dramático como en el ballet o la ópera. Incluso en la gastronomía, Ferrán Adriá, el chef de moda desde su ya emblemático "El Bulli", ha expresado más de una vez su gran admiración por la cocina oriental y algunas de las exquisiteces que forman sus menús tienen algo que agradecerle.

La cultura que se abre es rica, plural y potencia además lo propio, y al tiempo, desde su auten-

tividad, se universaliza. A veces he puesto el ejemplo de un escritor, castellano hasta la cepa, con sus historias datadas en espacio y tiempo, Miguel Delibes que ha trascendido idiomas y civilizaciones muy diferentes.

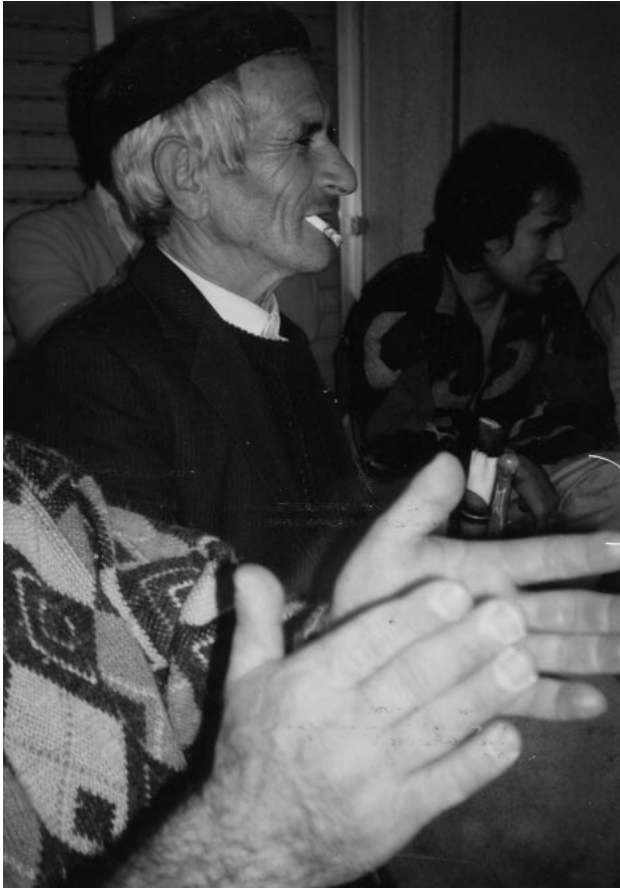
Producir y estrenar, como así ha sido en la espléndida programación del Teatro Español de Madrid, obras como “I La Galigo”, es una apuesta franca, por una cultura abierta en nada superficial o mimética que prescinde de posturas de superioridad y que bebe humildemente en fuentes ajenas. La preparación de estos espectáculos épicos no sólo supuso una labor larga de mesa y en-

sayos, sino que propició una serie de viajes para que los integrantes artísticos, supieran de las otras civilizaciones. En el montaje de Brook no se pretendió sustituir las raíces del teatro hindú sino ofrecer una visión en cierto aspecto mestiza. En “I La Galigo” el talento y la creatividad de sus responsables occidentales, asumió la dirección de una serie de actores, músicos y danzantes indonesios que nos ofrecieron lo mejor de su arte. Así el espectáculo trascendió este concepto y puede configurarse en un paso decisivo para esta interrelación folklórica y cultural que puede ayudar decisivamente a la comprensión de los pueblos.



La figura juglaresca de tío Goyo, un arquetípico hurdano

Félix Barroso Gutiérrez



Tío Goyo. Fiestas de la alquería de La Huetre. Noviembre, 1987

“A Julio Camarena, a quien la parca lo acuchilló recientemente”.

“A tío Goyo “El Farra”, hurdano, cuya voz capitaliza este trabajo”.

Conocí a Julio Camarena en el breve espacio de una jornada. Sabía de él por los muchos trabajos que había hilvanado en torno a los cuentos de tradición oral, de cuya temática era, sin lugar a dudas, uno de los mejores especialistas –por no decir el primero– dentro del mundo hispánico. Acudió a la alquería hurdana de La Horcajada en compañía de mis dos buenos amigos José Luis Puerto Hernández y Antonio Lorenzo Vélez, conocidos investigadores de la cultura tradicional y colaboradores en la *Revista de Folklore*.

Fue un primero de noviembre, cuando un nutrido grupo de montañeses de Las Hurdes celebran por todo lo alto los mitos y los ritos de “La Carvochá” entre las destartaladas viviendas pizarrosas de La Horcajada, o “La Jorcajá”, como dicen los lugareños de la zona. En aquella fiesta singular, donde se festejan a las ánimas con antañonas manifestaciones y alegres algarazas al son de la gaita y el tamboril, tuve el honor de saludar a Julio Camarena. Su humildad y franqueza saltaban a la vista. Su espíritu abierto y campechano le llevó a confraternizar rápidamente con aquellos hurdanos y hurdanas que, procedentes de diversos puntos de la comarca, se habían concentrado en aquella aldea para “festejé a las probitas ánimas”. Enseguida echó mano a su grabadora y, en ella, se fueron metiendo los cuentos de Pablo, el de Las Erías, o los de Teófilo y Flora, de la alquería de Cambrón; los de Ricarda, Hortensia, María Crespo, Avelina y Antonio “El Tureles”, de aquella otra alquería de Aceitunilla; los de tío Jesús “El Choto”, de La Fragosa; los de tío Mingo y tía Laudi, de El Cerezal; los de tío Pedro Alonso, Serafín, Aurora y Araceli, del caserío de Asegur; los de Paulino “El Concha”, de la aldea de La Dehesilla..., los de tantas y tantos habitantes de estas serranías hurdanas que han conservado, a lo largo de los siglos, una importantísima cultura oral, sin que ellos la valoraran con la suficiencia que precisaba, o incluso, guardándosela para sí y llevándosela a sus tumbas porque pensaban que, si la desvelaban, podrían ser el hazmerreir del auditorio. Cultura que, por otro lado, ha sido puesta en “cuarentena” por ciertos santones y popes que se arrogan el derecho de poner vetos y cotos a quienes desean incursionar en el campo del romancero, del cuento o de los mitos y leyendas, erupcionando con groseros chistes o textos sobre papeles impresos.

Julio Camarena tuvo la gentileza de realizar, con su sabia pluma, los comentarios pertinentes a los cuentos de tradición oral que, a lo largo de un buen puñado de años, habíamos ido recogiendo por las diferentes villas, lugares y alquerías de la comarca hurdana. Julio consideraba al corpus de cuentos hurdanos como una de las colecciones más prestigiosas, por no decir la primera, de cuantas se habían vertebrado en el mundo hispánico. No obstante, todavía sigue ahí, inédita, sin que las instituciones públicas extremeñas la hayan sacado a la luz. Y nadie duda de que, con su

publicación, se enriquecería enormemente el bagaje de literatura oral de la comunidad de Extremadura.

El otro personaje al que también le dedicamos estas líneas, es Gregorio Martín Domínguez, conocido cariñosamente como “Tío Goyo el Farra”. Su apodo es bastante significativo. Ya no está con nosotros. Se nos fue para otros barrios en la efemérides de Nuestra Señora de la Esperanza del año 2000. A tío Goyo lo conocí a principios de la década de los ochenta del pasado siglo XX, cuando me incorporé, apenas terminados mis estudios, a las correspondientes tareas educativas en el Hogar-Escolar del pueblo hurdano de Nuñomoral. A raíz de aquellas fechas, fueron cientos de vivencias, de anécdotas mil... las que viví en compañía de este zalamero y viejo sacristán, que por sacristán, no podía por menos que guardar en su recámara esa tradicional socarronería y cazurronería, no exenta de aguda picaresca y aderezada con aires juglarescos y de estrafalario bufón de caminos y veredas. Tío Goyo era uno de los últimos representantes de una casta de hurdanos a caballo entre un Lázaro de Tormes y los clásicos albardanes, de aquellos que, en otros tiempos, amenizaban las tertulias matanceras en las casas pudientes de la “Reonda de Ciá Rodrigu” (demarcación salmantina de Ciudad Rodrigo) y de otras partes de Castilla y Extremadura. Gente que, por la cuenta que les tenía, almacenaban un sinfín de cuentos y leyendas, coplas y romances, ensalmos y oraciones, refranes y frases proverbiales, adivinanzas y trabalenguas, supuestos ingeniosos y trucos variopintos... con los que entretenían al auditorio, recibiendo a cambio sustanciosos estipendios, sobre todo a base de productos matanceros. Decíase que estos gentilhombres de placer traían en sus caballerías más chacina que las que ellos mismos hubieran obtenido en caso de haber realizado la matanza familiar. Muchas veces, bajo la capa de “pidiórih” (pedigüeños), haciendo valer sus artes de histriones, también se ganaban holgadas soldadas, rematando la faena con el típico retintín, cantado solemnemente:

*Y aquí s'acaban los cuentos
y aquí s'acaban los cantes;
argo queda en las arfojas,
Cristo y la Virgen lo saben.
Me den un cachu e tocino,
me den dos o tres reales.
Me den un cachu e tocino
pa untarme los paladares.
Me den siquiera un real
pa que siga más adelante.
Yo con ustedes me quedo
por la gracia de Dios Padre.
Dios les dé mucha salud
y a mí me quiten el hambre.*

No perteneció Tío Goyo a la casta de los “pidiórih” en el sentido en que se entiende en la comarca de Las Hurdes, aunque esporádicamente, en ciertas épocas de siega por terruños extremeños o castellanos, tuvo que hacerlo cuando no salían amos que contratasen a la cuadrilla de segadores hurdanos en la que él se integraba. Tío Goyo, con su característico desparpajo, se las apañaba para sacar de comer para toda la cuadrilla mientras estaban de brazos cruzados. A veces, si llevaba los instrumentos encima, pues era un consumado tamborilero, daba las gracias con unos floreados toques, o se arrancaba por fandanguillos (era todo un maestro en este arte), o componía, al paso, una “relación” que viniera al caso. En ese asunto de las “relaciones” (versos romanceados inventados por el personal para tal o cual ocasión), también descollaba en la comarca. Recuerdo su enjuta imagen, encaramada sobre una mesa de esta o aquella taberna, declamando a pelo las trovas de los pueblos hurdanos, que tantas risas suscitaban entre los que le escuchaban y por cuya recitación era convidado sobradamente a tabaco y vino. Hoy, al volverse la gente más “*europa*”, con el consabido comedimiento y recato que ello lleva implícito, se teme hacer el ridículo si, en tascas y mesones, se canta o se declama públicamente. Las viejas tabernas se han trocado en modernas cafeterías, donde suena el hilo musical o ritmos foráneos, y ya no invitan a que cantaores y rapsodas locales puedan exhibir sus buenas artes. Últimamente, hemos comprobado como, en ciertos bares, han mandado callar al tamborilero o al que desgranaba unas coplas porque había quiénes estaban clipsados en la caja tonta, amuermándose con el fútbol o con otras telebasuras. Asistimos pues, a



Cuatro tamborileros hurdanos. De izq. a der.: “Tío Mingo”, de la alquería de El Cerezal; “Tío Goyo”, de Nuñomoral; “Tío Manuel el Cano”, de El Cerezal y “Tío Jesús el Choto”, de la alquería de La Fragosa. Fiestas de Nuestra Señorina, en El Cerezal (agosto, 1988)

un cambio de funciones de los establecimientos de copas, al menos en lo que al medio rural se refiere. La homogeneización urbana y europea invade las más recónditas aldeas, cubriendo de gris las coloristas manifestaciones etnomusicológicas del pueblo y eliminando atropelladamente figuras tan arquetípicas como la de tío Goyo.

A través de la palabra de Tío Goyo queremos homenajear la memoria de Julio Camarena y, a su vez, por nuestra parte, rendir a ambos el agasajo que se merecen, cálido y sencillo, eternamente entrañable. Por ello, sin más dilación, dejamos que Tío Goyo “El Farra” nos desgrane aquellos cuentos y leyendas que, con su peculiar gracejo, nos fue hilvanando una neblinosa y fría tarde de noviembre de 1989, al amor de la chimenea, irisada de escarlatas por la combustión de las cepas de brezo, de la taberna de Tío Práxedes Rubio, un quijotesco cantinero de la alquería hurdana de Aceitunilla, del que ya hablaremos algún día.

No pretendemos realizar estudio filológico, folclórico o antropológico (por el momento) de tales cuentos y leyendas. En esta ocasión, simplemente vamos a plasmarlos en estas páginas, tal y como aparecen en la cinta, siguiendo el orden por el que fueron saliendo de la desdentada boca de nuestro amigo Gregorio Martín. Como tratamos de un homenaje, no consideramos oportuno enredarnos ahora en disquisiciones de gran calado. Queden, pues, cuentos y leyendas desnudos de todo ropaje científico y sirvan de maternal arrullo a las ánimas de Julio y Goyo, que a lo mejor andan retozando por desconocidas galaxias.

Reseñamos que los textos han sido transcritos con las connotaciones dialectales de la comarca de Las Hurdes, que en el concejo de Nuñomoral, donde había nacido tío Goyo una Nochebuena de 1922 (el año en que el rey Alfonso XIII visitó Las Hurdes), tienen clara influencia de las hablas astur-leonesas. Lógicamente, no existen grafías para representar a ciertos sonidos. Por ejemplo, la “s” a final de palabra y entre vocal y consonante se aspira, pero aunque algunos transcriben tal aspiración como una “h”, nosotros, a fin de facilitar la lectura, la hemos mantenido como en castellano. Al final de este trabajillo, insertamos un apéndice con las características dialectales más sobresalientes.

LA HIJA QUE CRIÓ AL PADRE

“Mire usted: como esto, Las Jurdes enteras, fue tierra de moros, resulta que los moros, en una de aquellas tiendas que tenían con los cristianos, cogieron presu a un jefi de las fuerzas cristianas y lo llevaron presu a las mazmorras de Granadilla, que, como usted sabe, fue cabeza de la jurisdicción

de todo estu. Lo tuvon allí presu y le dijón que no le daban ni un rescañu de pan pa comé mientras no les dijera ánde tenían la fábrica de armas los cristianos. Es que, mire usted, pol la cuenta los cristianos tenían montá una fábrica de armas en El Gasco, en las sierras del Gasco, que entodavía quedan allí los mocos de hierro, las escorias de aquella fábrica, ande hadrían los cañones y las armas que hubiera en aquel entonce, que traían el hierro de la parti de Los Casares, de un sitiú que le llaman “El Valli Jerrumbia”. Les decían ellus, los moros:

– *Mira, si mos descubres ánde tenéis la fábrica de armas, te damos de comé lo que quieras, pero mentras no mos lo digas, no te daremus ni un rescañu de pan, que te vas a morí de desecación.*

Pues, mire usted, aquel jefi de los cristianos tenía una hija, que había dao a lú hacía poco, y los moros, pol la cuenta, la dejaban entrá tres vecis pol semana a vel a su padre. Cada vé que entraba en las mazmorras, pues cumu tenía mucha lechi en los pechos, que estaba criandu, pues le daba de mamá a su padre, hasta que se jartaba. Así que anque al padre no le dieran de comé, ni un rescañu de pan, él se alimentaba bien alimentau con la lechi de la su hija. Los moros, claro, decían que aquellu era un milagro, que no podía sé que resistiera tanto sin comé y que no endelgazara, que el hombri estaba relucienti y colorao. Dierun en pasá los días y, ¿sabe usted?, fue el jefe moro y mandó que se presentara a su presencia la hija del preso. Le dici a la hija:

– *¿Cúmu es que su padri de usted aguanta tantu tiempu sin comé ni bebé en las mazmorras? Algún secretu habrá, digu yo; así que mos lo diga usted.*

Le dici la hija:

– *Si me prometéis que sacáis de las mazmorras al mi padre, vos digu el secretu.*

Con que le dici el jefi moro:

– *Esu está hecho.*

Sacarun al presu de las mazmorras y fue ella y mandó que se ajuntaran tós los jefes moros en el salón prencipá del palacio, y cuandu estaban tós arreuníos, va y les dici:

– *Primero, fui hija;
dispué, fui madre;
ateté un hijo ajeno,
marío de mi madre.*

Tós se quedarun sin sabé que dici. Y le dici el jefe moro:

– *A vé, mos lo expliqui usted de otra forma, que no le cogemos la gracia al acertaiju.*

Fue ya y les dio las explicaciones y, mire usted, ya todos cayerun en la gracia. Con que fue el jefe moru y dici:

– *Mu bien, como es usted tan lista, se ha ganao que su padri quede en libertá, libri pa siempre. Y ahora, si usted quiere, pues me ofrezcu en matrimonio, que una mujé tan lista como usted es la que yo andaba buscando.*

Y, ¿sabe usted?, como ella había enviudao, porque el marido había muerto en la guerra, cogi y le dici:

– *Bueno, me caso con usted a condición que coja todas las tropas y nos vayamos pa Morería, que esti terreno es de los cristianos y se lo tienin que dejá a ellos.*

Y así fue como los moros se fueron de Granada y de estos pueblos, que se fueron pa Morería, y ella se casó con el jefi moro y, por lo visto llegó a ser una reina mora de las más principales del África”.



Tío Goyo declamando una de sus “relaciones”. Nuñomoral, 1989

EL ZAPATERO Y LOS ESTUDIANTES

“Estu fue la vez que estaba un zapateru arreglando zapatos, que estaba con la cuchilla zapatera cortando las suelas, y había allí en la calle –¿sabe usted?– un burro que estaba haciendo sus

necesidades, o sea, dichu pronto y mal: que estaba echando un buen avío de cagajones por el sieso. En esto, que llegan allí unos estudiantis, y va el zapateru, haciéndusi el listo, y les dici a los estudiantis:

– *Estudiantes que estudiáis en los libros sabijondos, ¿dicirmi por qué caga el burro los cagajones cuadraos tuviendo el culo reondo?*

Va entonces un estudianti, de esos estudiantes tunos, va y le dici:

– *Porque en la tripa del sieso, ande la mierda se para, hay un zapatero cojo que echa mano a la navaja y los cogi con las manos y allí mismo los escuadra.*

Entonce –¿sabe usted?–, el zapatero, que era cojo, se metió corrió de vergüenza pal tallé. Se pensaba él que se la iba a pegá a los estudiantis...; los únicos son éstus”.

LA ZORRA Y EL LOBO

“La zorra siempre es más lista que el lobo. Miri usted lo que pasó una vé. Pues diban la zorra y el lobo por la nochi por esos mundos, y llevaban un hambri atrasá de sieti semanas por lo menos. Ahora, ¿sabi usted?, la zorra vio un charco en el río, de esus charcos de aguas parás, que estaba lleno de pecis, y daba el refleju de la luna en el agua. Dici la zorra:

– *¡Quién pudiera atrapá los pecis!*

Y mire usted lo que ideó la mu puta. Le dici al lobo:

– *Compadre, mirá qué queso hay ahí en el agua del charcu.*

Y el lobo, cumu es medio mogón, creyó que era de verdá un queso, y era la luna que se reflejaba en el charcu. Dici el lobo:

– *Sí, debi está mu bueno, pero... ¡a ver cómo hacemos pa cogerlo, que está en mitá del jundón del charco!*

Le dici la zorra:

– *Mira, compadre, tú métite en el charcu y te vas bebiendu el agua, hasta que ensequis el charco, y aluegu ya te puedes comé el queso.*

Fue el lobo y, como un bobo, empezó a bebé agua, venga a bebé agua... y decía:

– *Comadre zorra, que ya no me cabi más agua en drento, que estoy a jinchapelleju de tantu bebé.*

Y le decía la zorra:

– Pues sal para fuera y méala y, aluegu, vuelvi a bebé más.

Con que el lobu venga a bebé y venga a meá, y sigún abajaba el nivel del charcu, pues la zorra le iba echandu el guanti a los pecis y se los iba manducandu. Se los fue manducandu hasta que no dejó ninguno, y el lobu a lo suyo: bebé y meá, y ya fue –¿sabe usted?– y ensecó todo el charco. Ahora fue la zorra y, sigún andaba el lobu afaenao, fue y le untó el culo, se lo refregó con esa yerba jabonera (¿sabe usted lo qué esa yerba? Pos es la yerba jabonera, que la restriegas en el agua y sali espuma mantecosa). Se lo untó bien untao la tía joía, y va el lobu, ya que había acabao y que no veía el quesu po parti ninguna, y va y dici:

– ¿Pos y el quesu, si no está en el jundón del charcu?

¡Cúmu iba a está! Si ya estaba el charcu secu, ya no se refrejaba la luna en el agua. Dici el lobu:

– M’has engaña, comadre.

Dici la zorra:

– ¡Cúmu te iba a engañá!, pos si t’has zampau el quesu conformi ibas bebiendo el agua del charcu, que te sali hasta por el siesu de tantu cumu has comío.

Fue el lobu y se tocó el culo y se tentó la tripa del cagalá, y fue y cogió un puñao de la espuma de la yerba jabonera y fue y la golió, y fue y dici... Como es tan bobu y tan inocenti, fue y dici:

*– Ciertu es que me lo comí,
que me sali hasta por el sieso,
y bien ciertu es
que me güeli a queso”.*

LA ESQUILA DE LAS ÁNIMAS

“Eso, –¿sabe usted?– fue un acontecé ciertu, cumu la luz del día. Es que –¿sabe usted?– por estos puebrs nuestros se acostumbra antiguamenti a salí por la nochi a honrá a las ánimas benditas, y se diba tocandu una esquila, que era la esquila de las ánimas. Ahora se había muertu un vecino en el puebro, que no era ningún santu, no, que l’había dau a la mujé una vida de calvario, y le tocaba esa semana salí a la mujé del difuntu con la esquila de las ánimas. Dici ella –¿sabe usted?–:

– Yo no salgu, que yo no tengu motivos pa honrá el ánima de mi maríu, que me ha dau una vida perra.

Y fue y no salió la nochi que le tocaba. Ahora estaba ella dormía, y fue y sintió –¿sabe usted?– que tocaban la esquila de las ánimas. Se quedó

en un suspiro y cogió y se levantó de seguida y fue a ansomalsi a la puerta, y por poco no se muere del susto. Es que –¿sabe usted?– vio que la esquila andaba sola por el aire, que diba repicandu sola, y detrás venían unos cuantus en procesión de ánimas, con las sotanas blancas y las velas en las manos, que eran ánimas que andaban penando. Antonce, –¿sabe usted?–, cayó en la cuenta y, de seguida, se presinó, se santiguó y echó la oración de las ánimas:

*Ánimas que váis penando,
por estos santos disiertos,
encomendarme a mi marido,
que tres días lleva muerto.*

Dicien que fue tó uno: encomendá al su marido y de seguida desaparecé la procesión de las ánimas, y la esquila se quedó aposá en un poyo que había allí a la su puerta. Antonce, tomó ella la esquila y ya siguió dandu la vuelta por el puebro, hasta que le dio las tres vueltas que había que dar. Se dio de cuenta ella que aquello había sido un aviso de arriba, y maldito que ya se volvió ella a tumbá en la cama cuandu le tocaba dir de animera en el puebro. Esto que le cuento aconteció, por la cuenta, en Las Mestas, y como cosa cierta siempre lo contaron”.



Tío Goyo “zamarreandu” las castañuelas en los antruejos (1990)

EL HUESO DE LAS ÁNIMAS

“De las ánimas –¿sabe usted?– se cuentan muchas cosas, que es como cosa de respeto. Mi padre –Dios lo tenga en la gloria– me contó muchas veces que aquí, en esti puebro de Nuñumorá, había una jornera, que era una señora que tenía un horno, y esti horno estaba ande ahora tiene la mi Macu, la que está casá con Rubén el del tío Vicente, el bar. A lo que voy: que esta jornera, como tenía que aprepará el horno, encenderlo y, en fin,

esas cosas, pues tenía que madrugá mucho, pa tenerlo todo a puntu pa cuando vinieran a amasá el pan los vecinos. Ahora –contaba mi padre, que en paz esté– una mañana, antes de ser de día, se levantó la jornera y fue a encendé el hornu y se l’habían acabau las cerillas. Y di que vio como un resplandó como de lumbri por la rajandija de la puerta. Dici:

– *Parece como si hubiera lumbri en la calli; me voy a ansomá a vel.*

Pescó –¿sabe usted?– y salió de puertas afuera, y allí se encontró con la procesión de las ánimas. ¿Y qué era aquel resplandó? Pos el refreju de las velas que llevaban encendías las ánimas. Dici ella:

– *Voy a pidirli lumbri a esas señoras que llevan las velas encendías.*

Ella, claro, no se dio de cuenta que eran las ánimas, que si s’habiera dau de cuenta, no habría salío pa la puerta afuera, que a las ánimas, cuando van en procesión, no hay que molestarlas para nada, que se tieni unu que arretirá de su camino y metersi pa endrentu casa. Coge ella –¿sabe usted?– y fue y le pidió fuego a la primé ánima que iba.

– *¿Me da usté fuego, señora?*

Y dici que le contestó:

– *Detrás vendrá quien te la dará.*

Asín le fueron diciendu todas las ánimas, hasta que llegó ya a la última. Vuelvi ella y le pidió lumbri:

– *¿Me da usté lumbre, pol favó?*

Cogi el ánima y le dici:

– *Toma, pero no apaguis la vela aunque hayas encendió el horno.*

Se metió pa casa y ya –¿sabe usted?– fue y encendió el horno. Dici:

– *Huy, qué vela más rara, si pareci un hueso encendió.*

Y es que era un hueso de difunto, que las ánimas lo encienden por la punta, al modo de una vela, y con ellos se van alumbrando en las procesiones que hacen por las noches. Cogió, encendió el horno y, después, cogió y apagó la vela –o mejó dicho, el hueso–, y lo tiró pa endrento un arca. Ahora, al cabo el ratu, fue a buscá al arca la yelda, que se echa en el pan pa que fermenti, y cuando abrió el arca –¿sabe usted?–, se dio un susto de muerte, que ande había puestu el hueso del ánima, estaba un brazo entero, de una persona, y vio ella que en un deo tenía un anillo, y lo reconoció de seguida, que era el anillo que gastaba su madrina, que se había muerto hacía aproximadamente cumu una semana. Cogió entonce y, cayen-

do en la cuenta, se echó pal cuello unas sartas de piedra que se ponían antis pa esconjurá a los malos encuentros, que contaba mi padre –Dios lo tenga en la gloria– que había quien iba a buscá esas piedras pa la Peña de Francia. Y las tuvo tó el día puestas aquellas sartas. Bueno, pues ya llegó al desotru día y, como de costumbri, se levantó a ancendé el horno, antis de ser de día. Estaba metiendu la fusca pal hornu, cuando senti que tuntunean a la puerta. Va a abrí y se encontró con el ánima que l’había dau la lumbri. Le dici el ánima:

– *Vengu a que me des la vela, que no puedu alumbrarme porque me falta un brazu.*

Cogió ella y fue al arca y cogió la vela –amos, el hueso–. Cogió y se lo fue a dar, pero cuando se lo diba a dar, cogió el ánima y la sujetó con fuerza por la muñeca, y le dici:

– *¿Por qué apagaste la vela? Yo soy la tu madrina y me tenías que habé estao alumbrandu hasta que yo viniera a recogé la vela; asín que ahora te vendrás conmigo, que hoy mismo estarás difunta.*

Cogió y la empezó a estirá por la muñeca, pa que se fuera con ella, pero se dio de cuenta el ánima que no podía, y era porque tenía al cuello las sartas de la Peña de Francia. Coge y le dici:

– *De buena te has librao, que si no es por esas sartas, tú ya no volverías a encendé más veces el horno”.*

EL PANAL DE MIERDA

“Estu fue que una vez (que estu pasó pa’í pa Ladrilla, que hay muchos cormeneros), y fue que unu fue a robá miel a un cormená, que tenía ganas de miel –¿sabe usted?– y fue a un cormená a robá la miel. Andaba en ello, cuando dan en vení los cormeneros, que venían a castrá las cormenas, y antonce él pesca y se metió pa endrento de un corcho, de esos corchus de las cormenas. ¡Chicu debía ser el hombre, pos pa cabé en un corchu! Pero esti es el cuento y, bueno, se metió en el corchu, y llegan allí los cormeneros y tuntunean el corchu... Dicin:

– *Esti casi no se da movíu. Debi de tené una zurra de miel...*

Antonce –¿sabe usted?–, el otro estaba zurraíto de miedo, y del cerullu que tenía, se hizo sus necesidades las patas abajo, endrento el corchu, que le entró una cagueturria negra iguá que la miel de encina, y ya dio en salirsi la cagueturria por la bajera del corchu. Va uno de los cormeneros y dici:

– *Huy, cumu está esti corchu de cargao, que hasta se le sali la miel pol debaju.*

Cogió y untó el deo en la cagueturria y lo llevó pa la boca. Claro, le sabía amarga al bobo. Dici:

– *El corchu está cargao, cargao
pero la miel sabe como a cagao.*

Ahora, tenía hecha una promesa a San Antonio, que era el patrón del puebro. Dici:

– *Esti corchu se lo voy a regalá a San Antonio Benditu. Le regalo esti corchu y otru de los enjambris nuevus.*

Llegó la fiesta del pueblu y, mire usté, cogió y le llevó los dos corchus: unu en el que estaba metió el otro, con la mierda hasta las narices, y otro corchu de un enjambre nuevo, con unas abejas que estaban rabiositas. Totá que poni los corchus encima de las andas y eso. Y resulta que aquel año tenían al santo descalabrao, que s’había descalabrau y lo andaban compusiendo. Y cogió el cura y vistió al sacristán igualito que San Antonio, pa que la genti no se diera de cuenta. Le dici el cura al sacristán:

– *Tú no te muevas, que tienes que dir cumu una estatua, sin moverti ni un pelo. Pasi lo que pasi, tú no te muevas.*

Sacarun ya al santu en procesión, y ahora con tós los cánticos y con toa la jumarera de los cohetis, dierun en alborotalsi las abejas y en salí del corchu, y el otro, el sacristán, que iba con el levitón cumu San Antonio, ya vio que se le metían debajo del levitón y le picaban pal culo, pa los güevos, pa la minga... Metí ya un respingo por tó lo altu, y decía la gente:

– *Mira, mira el santo
que se va pa los cielos
a hacé milagros.*

Decía el sacristán:

– *¡Qué milagros ni ochu cuartos!
que voy a darme en la minga
con una pella de barro.*

Ahora –¿sabe usté?–, del respingo que dio, vino a caé sobre el otru corchu, ande estaba metió el otro. Estrozó el corchu y salió el otro llenu de mierda hasta los ojos. Y toa la gente:

– *¡Milagro, milagro!
¿Quién ha visto salí de un corcho
a un zángano de carne y huesos,
rebozadito de miel
desde los pies al pescuezo?*

Y esi es el cuentu que pasó pa’í pa Ladrillá”.

EL GANADERO CASTELLANO

“Pues fue el caso de uno de esos ganaderos castellanos que venían con ganao pa esas edesas de Extremadura, que antes –¿sabe usté?– venían muchos ganaderus de Castilla a arrendá los pastos de las edesas de Extremadura. Llevaba ya el hombritu un año corrió, o quizás dos años, pa la edesa, y le vinun a dar razón de que su mujé había tenió un niñu. Claro, los otros que estaban con él le hacían bulra, que se bulraban de él, y le dicían:

– *¿Pos cúmu te créis tú que el niñu va a ser tuyu, si llevas ya pa’quí pa la edesa cuasi dos años...? ¿Cúmu eris tan bobo de creeltilu?*

Ya tanto le jartarun al hombritu, que fue y los metió a juicio. ¡Hala!, tós a declará ante el jué. Decía el hombritu:

– *A ve, señó jué, que estos compañeros míos me tienen a la mujé pol puta, porque me ha mandao razón que me vaya pal puebro polque van a acristianá al niñu que ha tenió. A ve si les poni usté una multa, pa que dejin de insultá a la mi mujé.*

Cogió el jué y le dici:

– *Amos a vé, señó ganadero: ¿cúmu comprendi usté que el niñu va a ser suyo, si lleva usté pa qui pa la edesa más de un año corrió...?*

Dici él:

– *Amos a vé, señó jué: si yo tengo las mis vacas en la edesa y llega un toru de pa fuera y cogi y monta a una de las vacas mías y, aluego, tieni un churratu, ¿de quién es el churratu: del amo de la vaca o del amu del toro?*

Y dici el jué:

– *¡Coño!, esu tieni las letras bien gordas, que el churratu es del amo de la vaca.*

Cogió y vuelvi el ganadero:

– *¡Pues usté lo ha dicho!, asín que el niñu es mío, porque lo ha tenió la mi mujé. Y puntu en boca”.*

EL CUENTO DE FRAY DIEGO

“Era un cura que se llamaba fray Diegu y vivía en la casa parroquiá, y esti cura había cogió cumu una enfermedá en sus partes, la enfermedá de la sarna o de otras enfermedades que había antes, que antis ni los curas podían asearsi cumu Dios manda, que no había agua corriente en las casas, ni duchas ni esas cosas. Y l’había mandau –¿me entiende usté?– el médicu que se pusiera en el güertu de la casa echao en una hamaca, con las sus partes al sol, pa que se le quitara la sura que tenía, que no hacía otru oficio que andá de ras-

quiña de la comezón que tenía. Ahora, pos miri usté, un día se le olvidó atrancá la puerta que daba al güertu, y pa'llí que se coló una señora del puebro, de esas que siempre andan alreó del señó cura, de esas solteronas... Fue pa'llá y allí estaba fray Diegu tomando el sol. Y cuando le ve el aparatu, el zanganillo, va y le dici:

– *¿Pos qué es esu que le cuelga, fray Diego?*

Dici él:

– *Esu es el jeringón,
que todos los males
los cura el cabrón.*

Vuelvi ella y le dici:

– *¿Y qué son esas bolas que le cuelgan debajo?*

Dici él:

– *Esas son las bolsas
de la munición,
que son la sustancia
para el jeringón.*

Ahora, estaban un día en el rosario, en la iglesia, y el dio un mareo a la solterona. Y decía ella:

– *Ay, que me muero, que estoy mu mala... A vé, señó cura, me apliqui usté el jeringón.*

Le dici antonce –¿sabe usté?– fray Diego a las otras mujeres:

– *A vé, meterla pa la sacristía y dejarla ahí,
que yo voy a prepará el jeringón.*

La dejaron allí sola, llega el cura, se arremanga la sotana pa'riba y, ¡zas!, le meti la jeringa hasta endrento del tó. Y le decía el cura:

– *¿Qué tal te sientes ya?*

Y decía ella:

– *Ay, señó cura,
no me saqui el jeringón
hasta que no se agoti
toda la munición.*

Ya acabaron la faena y salió ella de la sacristía toda relucienti, sana del tó, como si no l'habiera pasao ná. Va el sacristán, al verla tan jaquetona, y le dici al cura:

– *Señó cura, ¿pos qué le ha hechu usté pa que se ponga tan buena?*

Dici el cura:

– *Aplicarle el jeringón.*

Y dici el sacristán:

– *Pues se abruche usté el calzón,
que entodavía le ansoma el jeringón”.*



Carnavales (1992): Tío Goyo con estrafalaria indumentaria

LA MOZA QUE SE FUE A CONFESAR

“Cuentos sobre los curas hay muchos, ¿sabe usté? Y yo, como he sidu sacristán, sabía muchus, lo que pasa que, con el tiempo, se le olvidan a uno. Ahora le voy a contá el de una moza que se fue a confesá, una moza bandera, de esas que quitan el hipo. Se fue a confesá y fue el cura y la dejó pa la última, hasta que se quedarun solos los dos en la iglesia. Llega ya a confesarse la moza y dici:

– *Ave María Purísima.*

– *Sin pecado concebida.*

– *Me acuso, padre, de que he andao con el novio.*

Dici el cura:

– *¿Y en qué partes te ha atentao?*

– *En las tetas.*

– *Hija, esu no se llaman tetas, que se llaman las campanitas de bronce. A vé, que te las vea yo pol vé la clase de pecao que has cometío.*

Va el cura –¡menudo pájaro!– y le echa manu a las tetas y dici:

– *Cómo repican a gloria las campanitas de bronce.*

Sigui el cura y dici:

– *A vé, ¿en qué partes más te ha atentao el novio?*

– *En el ombligo.*

Dici el cura:

– *Esu no se llama ombligo, que se llama el botón botonés. A vé, a vé, que te lo vea yo pol vé la clase de pecao que has cometío.*

Coge el cura y, ¡hala!, otro achuchón en el ombligo. Dici:

– *Ay qué botón botonés para el manto de Santa Inés.*

Y el cura a lo suyo:

– *A vé, hija, ¿ande más t'ha atentao el novio?*

Dici ella:

– *Es que esu me da mucha vergüenza el decir-lu, que es una cosa que tieni muchus nombres.*

Ya dice él:

– *Eso se llama Jerusalén. A vé, hija, que yo te lo vea, pa vé la clase de pecao que has cometío.*

Y fue y, ¡zas!, le metió la mano pal coño. Estaba el cura ya negro, encendió del tó. Se saca el instrumento y dici:

– *Ay, hija, te voy a echá la penitencia, pa que se te perdonin todos los tus pecados. Mira, tienis que cogé a este –y le enseñaba el mandoble–, que se llama el santo apóstol, y le tienis que dar tres vueltas por la iglesia.*

Diba el cura tó emporrao, y ella con el mango en la mano, y diba el cura con un libro abierto y diba cantando:

– *Debajo de las dos campanitas de bronce,
está el botón botonés;
más abajo el santo apóstol
que va a entrá en Jerusalén.*

Y va ella y empieza también a cantá:

– *La penitencia yo cumpro
y toda la cumpliré;
meta pronto al santo apóstol
endrento Jerusalén.*

Ahora, el sacristán, que estaba escondió detrás de un banco, ve aquello y comienza también a cantá:

– *Los sesenta ya he cumprío
y camino pa setenta,
y nunca vi en este templo
confesiones como ésta”.*

EL CURA QUE DECÍA PALABRAS FEAS

“Bueno, pues estu es otra vez un cura que había pa'quí, por estos pueblos, ¿sabe usted? Y el cura esti pues tenía la fea costumbre de cagarse en tó lo de abaju y en tó lo de arriba. Hasta cuando echaba los sermones desde el púlpitu les riñía a los filigrésis, saltaba con una ristra de palabras gordas:

– *Queridos hermanos: vos tengo dicho, me cagüen dios, que vos llevéis todos como buenos vecinos, pero ya veo, me cagüen dios, que no me hacéis ni putu caso. Estoy ya hasta los cojones de andá siempre repitiendo lo mismo, me cagüen el copón bendito y tós los santos del cielo...!*

Y asín una y otra vez. Total –¿sabe usted?– que se enteró el obispo, que se llamaba Don Filiberto, y como se enteró, lo mandó llamá, lo llamó a capítulo, y le dijo que se jincara de rodillas delante de él. Le dici:

– *¿A ti te parece bien, oveja descarriada, lo que sueltas por esa boca pecadora, que tienes escandalizao a tó el pueblo?*

Decía él:

– *Perdóneme usted, señó obispo, pero por más que intento corregirme, no soy escapá de morderme la lengua.*

Y le dici el obispo:

– *Mira, de aquí en adelante cada vez que digas una blasfemia, una palabra fea, le das una monea de a duro a la primera persona que veas. Verás como asín se te quita esa costumbre tan fea, que no es propio de un sacerdote de la santa iglesia.*

Coge, sale del palacio del obispu y se va a la calli alante. Ahora, al revolvé de una esquina, había una señorita de esas de las del bolso; una puta, pa que nos entendamos. Ahora, él, el cura, que iba mirando pa otro lao, cogi y se tropieza con ella, con la puta. Va y dici:

– *¡Me cagüen dios, siempri tiene que habé estorbos en mitá la calli!*

Antonce, se dio de cuenta que había dichu una blasfemia, y va y le dici a la señorita:

– *Tenga usted una monea de a duro.*

Y dici ella:

– *No, no; una monea de a duro, ¡ni hablá! Son cinco duros.*

Dici el cura:

– *¡No puedi ser, que don Filiberto me ha dicho que una monea de a duro!*

Contesta ella:

– *Es que don Filiberto, amigo, es cliente mío desde hace muchos años”.*

EL CURA DE MONSAGRO

“Estu dicin que era un cura de Monsagro; esu dicin: que era de Monsagro. Cualquiera sabi de ánde sería, ¿sabe usted?, pero esu es lo que dicin que dici el cuento. Bueno, pues aquel cura tenía un ama bandera, bien plantá, amos, que estaba pa hacerli un buen favó... Pos ya verá usted... Ahora llega un día de visita el señó obispu al puebro y, claro, como cosa de costumbre, pues fue a comé en casa del párroco, a la casa parroquiá, pa que usted me entienda. Ahora entró a servirles la comida el ama, y venía como Dios la echó al mundo, en pelotas viva. El obispo ensiguída:

– ¡Huy, por Dios, por Dios, que se me nubla la vista, que se me nubla la vista!

Y le dici por lo bajo al señó cura, asín al oído:

– Ay qué cosas tiene usted en su casa, señó párroco! ¡Qué cosas! ¡Qué cosas! ¡Ay qué hembra!, que son de las que dan mareos, y a mí me va a dar un mareo, y, aluegu, asín, con tós los jarapalis al airi...

Dici el señó cura:

– Pues aunque usted no se lo crea, señó obispo, no la he tocao ni un pelu.

Y dici el señó obispu:

– ¡Qué puntería, señó cura! ¡Qué puntería! ¡No!, si por algu he sintíu yo que usted es de los mejores cazaores que andan por esti terrenu.

Ya le dici –¿sabe usted?–, el señó obispu a la criá, al ama:

– Pero, señora, ¿cómo anda usted asín por la casa, que le va a entrá algún aire frío y va a caé mala en la cama?

Dici ella:

– ¡Qué va, qué va, señó obispo!, que el señó cura toas las nochis me atapona los bujeros: una nochi el de alanti, otra el de atrás, y si se tercia, hasta me atapona el bujeru de la boca.

¡Menú pájaro el cura!

Ahora otra vez –¿sabe usted?, dicin que se pusu el cura malo, el cura esti de Monsagro, que le venían unos retorcionis de vientre que no se daba tenío de pie. Dici el médico:

– Nada, que hay que hacerli unos análisis de orina, y llevarlos a la capital, pa que vean lo que tieni, que a lo mejó es cosa de cuidao.

Le dió el médicu el botellín pa que meara, y ya, claro, pues le diju el médicu a una criá que tenía:

– Mira, vas a llevá a la ciudá esti botellín y se lo llevas al médicu tal, y ten cuidao que no se te rompa por el camino.

Bueno, pos cogi ella el botellín de la orina, y cumu antis no había coches, la genti iba en caballerías de un lao pa otro. Diba ella en un burrito que tenía. Ahora –ya ve usted–, diba el burritu tan tranquilo y que le sali una liebri entre las patas. Se espantó el burro y, ¡tarrangantanga!, la criá pal suelo. Cayó pal suelo, y el botellín, ¡pas!, contra una pizarrera. Se espiparró en la pizarrera. Dici ella, la criá:

– Bueno, estu tieni buen arreglo, que me diju el médicu que era orina lo que había. Estu lo arreglo yo de ensiguída.

Cogi, saca una botella vacía que llevaba y meó en ella. Ahora, la criá estaba embarazá, que diba bien adelantá la señora. Bueno, llegó a la capitá, y ya hizon los análisis, y le escribió una esuela pal médicu del puebro. Ahora, al regreso, lei el médicu del puebro la esuela y dici:

– ¡Huy, Dios mío, si aquí dici que el señó cura está preñao de sieti mesis!

Con que ya –lo que son las cosas, ¿sabe usted?– se lo dijun al cura y esu:

– Señó cura, los retorcionis que tieni usted son porque está preñao de sieti mesis. Asín que, ahora, sopitas y buen vinu; mucho descanso, muchu descanso.

Bueno, pos ya pasarun los dos meses que le fartaban y... ¡nada!, que el cura no paría, que estaba cumpríu y no paría. Ahora –¿sabe usted?– era el tiempu en que se muelin las acetunas, y ya le dijun:

– Lo mejó pa que para prontu es engancharlu a la piedra del lagá, pa que dé vueltas, que cuandu llevi tres días dandu vueltas, de siguru que pare.

Con que lo engancharun a la piedra del lagá, lo tuvun tres días..., pero ni por esas. Dicin:

– No, pues ahora hay que probá de otra manera, que tieni que está tres días acarreandu las fanegas de trigo de los vecinos al molino, a las costillas, pa que se le afrojin los riñones y dé parío.

El cura estaba reventaitu, pero no acababa de rompé aguas, y... ¡miri usted si llevaría costales de trigo pa molé al molinu! Dici ya la genti, con el médico a la cabeza, cumu persona entendía en la saneda:

– Hay que llevarlo tres días a que sachéi los güertus del puebro, que los sachéis d'arriba abaju, que con esu ya tieni que parí de pol fuerza.

Cogin y lo tuvun allí los tres días sacheandu los güertos, pero no había forma humana de que pariera. Ahora, miri ustedé, va un día a tirá de pantalones, que antis no había servicios en las casas, no había excusao y había que hacerlo pal campo, y fue y se pusu ampié de un zarzal. Ahora, en cuantis se agacha y empieza a empujá, ¡ras!, le salió de entre las piernas un pájaru de esus que nusotros llamamos mielru, que son negros, que estaba allí, que tenía el nío en el zarzal. Le sali volandu entre las patas, y dici él, el señó cura:

– *Tantas fatigas pa estu,
que ahora me se escapa volando;
siguro que, al ser hiju de un cura,
era un espíritu santu.*

Dici el otro:

– *Pero, señó cura, si el espíritu santu es blanco.*

Y respondi el cura:

– *Negro o blanco,
siguru que era otro espíritu santu”.*



*Fiestas de San Blas en Nuñomoral (1995):
Tío Goyo tocando “El Ramu”.*

– *Ay, rapaciño, rapaciño, por fin salisti de la
mi barriga, y no lo puedis negá por la pinta, que
eris de la misma coló que la mi sotana.*

Antonce, había pa’llí uno que lo estaba viendu y dici:

– *Ay, señó cura, pol fin dio a luz, pero se le ha
escapao volando.*

Y dici el cura:

EL CAPITÁN, EL ALDEANO Y EL CURA

“Bueno, ahí va otru cuentu ande también se mienta a los curas. Fue que –¿sabe ustedé?– se juntaron una vé un capitán del ejército, un campesino aldeano y un cura, un señó cura. Diban los tres de caminu. En estu, que se encontraron un jornazo (¿sabe ustedé lo que es un jornazo? Pues paquí llamamos un jornazo al modo de una torta de pan que lleva chicha pol drento, que unas vecis le metin chorizu, otras lomo, o carni de otra clasi). Bueno, pues se encontraron un jornazo de pichones, que l’habían metío pichones pal relleno. Cogi y dici el capitán del ejército:

– *Este jornazo es para mí, que pa eso defiendo
a mi patria de los enemigos.*

Dici el aldeano:

– *De eso ¡ni hablá!, que el jornazu es pa mí,
que yo con mis campos de trigu alimento a los hi-
jos de la patria.*

Va el señó cura y dici él:

– *No quedo conforme, que el jornazu es pa mí,
que yo le doy la extramaución a los hijos de la pa-
tria y los libru del fuego eterno.*

Venga a discutí los tres, venga a discutí, y ya acordarun –¿sabe ustedé?– que el que dijera la frasi mejó dicha en bien de la patria, para esi sería el jornazo. Y va y empieza el capitán del ejército:

– *A la sombra mi bandera,
con mi tropa delantera,
luchamos como leones
y nos ganamos los galones
defendiendo nuestra Patria
con fusiles y cañones.
¡Estos son los mis cojones!
y pa este capitán
el jornazo con pichones.*

Cogi el campesinu aldeanu y dice:

– *A la sombra mi nogala,
yo no veo silbá las balas,
pero siento una gran placé
en vel los trigos crecé,*

*que a los hijos de mi patria
les avivan el comé.
¡Y estos son los mis cojones!,
y para este aldeano
el jornazo con pichones.*

Dici el señó cura:

- *¡Quieto parao!, que ahora voy yo:*
- *A la sombra una bodega,
con la panza bien repretá,
jodiendo de noche y día
aumento la infantería
de nuestra patria querida,
que tengo a dos mil preñadas
y otras tantas van paridas.
¡Estos son los mis cojones!,
y pa este señó cura
el jornazo con pichones.*

El señó jué de la audiencia, que dicin que es-
taba allí, fue y dijo:

- *El jornazo pal señó cura,
que es el que traí las criaturas
y hace a la patria más grande
con todas sus jodiúras”.*

EL CURA JODEÓ

“Bueno, pues otra vez fue el casu de un cura
que era mu jodeó, que jodía muchu, –¿sabe usted?–
¡Qué me van a dicí a mí, que he sidu sacristán...!
Cogía y se diban las mujeres a confesá, y esu:

- *Ave María Purísima.*
- *Sin pecado concebida...*

Y le dicían ellas:

- *Padre, me acusu de estu y de lo otrú.*

Y toas, pos como usted sabí, pos venían a pecá,
solteras y casás, de lo mismo. Y él, cura, a toas
les decía lo mismo:

– *A tal hora me aguardas en tal sitio con la
grieta abierta, pa que te echi el bálsamo de San
Nicodemo, que cura toas las grietas pecadoras.*

Llegaba él y, ¡zas!, las mangaba bien mangás
y... ¡hala pa endrento el bálsamo de San Nicode-
mo! Ahora un día pos hizón una procesión de esas
de las rogativas, que no llovía y estaban perdíos
los campos y los ganaos. Sacaron en procesión a
San Nicodemo, que era el patrón del pueblo. Y di-
ba el cura cantandu el gori–gori, y decía:

- *Que llueva, Señó, que llueva,
que está la tierra mu seca;
que llueva, señó, que llueva,
que se tapen bien las grietas.*

Respondían las mujeres, también cantando:

- *Que llueva lo que Dios quiera,
y que se tapen las grietas,
que las nuestras, aunque llueva,
las tenemos bien abiertas.*

Volví, aluegu, el cura y seguía con el gori–gori:

- *Caiga el agua como el bálsamo
del patrón San Nicodemo,
pa que suavice los campos
y alivie a los ganaderos.*

Y vorvían ellas a cantá:

- *Caiga el agua que ella quiera
y el bálsamo de los cielos;
nosotras, por nuestra parte,
la ración ya la tenemos”.*

LA JÁNCANA

“Antes, se contaban muchas cosas de las Ján-
canas, que decía la genti antigua –¿sabe usted?–
que eran unas mujeronas guijantas, que algunas
tenían sólu un ojo en la frenti, y otras tenían tam-
bién dos ojinos más chicos atrás en la nuca. Eran
cosas que contaban antis, ¿sabe usted?, cumu cosa
de leyendas, de historias de pa’tras. Yo le sintí
contá a unu de Riumalu de Arriba, que se casó
pa’quí pa Nuñumorá, que en su pueblo, pa un si-
tio que llaman “Los Juntanos”, vivía una Jánca-
na. Pero esta Jánkana había sidu antis una moza
mu guapa, que tenía un pelo que le arrastraba
por los carcañaris, y se hacía en lo altu de la ca-
beza una moña, andi espetaba el peini de prata.
Dici que dicían –¿sabi usted?– que un día la vio
peinarse un pastó ampié de un regaju. Y dicin
que le diju el pastó:

- *¿Qué hace una moza como usted pa’quí sola,
en metá del monti?*

Y le dici ella:

- *Viendu nacé la rúa.*

La rúa –¿sabe usted?– es una pranta que tiene
mucha virtù, pero güeli mu mal, que tieni un oló
mu fuerti, que se cría en terrenos mu viciosus. To-
tá que el pastó se encelo de lo guapa que era y fue
y abusó de ella. Antonce, aquella moza tan guapa
se tornó en una jánkana, que se le cayó aquel pe-
lazo que tenía y le salieron culebras en vez de pe-
los, y tamién le salió una lengua de más de tres
palmos, que se volvió lenguaratúa. Pol eso se dici
–lo dicían la genti vieja–, se dici aquello de:

*“Pol culpa de la jánkana lenguaratúa,
no conocin los cristianos la virtù de la rúa”.*

Y es que, pa que me entienda, dicin que ella
quería mostrale al pastó la virtù de la rúa, pero

dispués de lo que le hizu, se revolvió en su contra y de toa la gente de la cristiandá, que de allí en adelante, pastó que veía, pastó al que forzaba de mal grado y, aluegu, le cortaba la lengua con unas estijeras de oro. Pero yo también oí contá que aquella moza estaba por el pastó, que lo quería tomá pol maridu, peru esti no era gustosu, porque cuandu la vio peinándusi ampié del regaju, le vio los pies, que los tenía metíos en el agua del regaju y vio que tenía escamas cumu los pecis, en los pies. Y ella fue –pa que lo sepa usted– y le quiso dar un día una taza de agua ande había cocío una maná de rúa, que dicin que la rúa es también la yerba de los enamoraos, pa que se enamori la gente; pero cogió él y le dio un golpe en la mano y le tiró la taza, y dende entonce se volvió como una monstrea y le cogió asco a los hombres”.

EL JÁNCANO

“Pues el jáncanu sería parienti de la jáncana, digo yo, o... ¿no lo créi usted? Contaban que el jáncano era otro guijante, que sólo tenía un ojo en la frente, un ojo grande, con el que veía tó lo que había en tres leguas a la reonda. Vivían’pa lo más altu de las montañas. Dicin –que esu lo decían los antiguos de pa’tras– que un jáncanu vivía pal Frontá de la Nebrera, que esu es un sitio de monti espesu que está pa las umbrías de la alquería de El Cerezá, y esti jáncanu era pastó, pero tenía acotao el término suyo, y si algún vecinu de estos puebros se metía pa la jurisción suya, ensiguía le daba el fatu, y decía:

– *A carne humana me güeli, a carne humana me güeli...*

Cogía y los espetaba en un sobillón, los asaba a la lumbri y se los comía.

Pero al jáncanu esti –¿sabe usted?– lo engañó un pastó que lo llamaban Pericu el de las Jurdes Malas, que era un pastó mu listo; y con el mismo sobillón con el que el jáncanu espetaba a los que cogía vivos, cogió y se lo espetó en metá del oju que tenía en la frente. Los jáncanos, pol lo que cuentan, son pastores guijantes, que son mu pelúos y se visten con las pieles de los animales, pero debieron de vivir en tiempos del rey Batueco, que dicían que era tuertu, pa’lla pa los años mil, polque yo andao –¿sabe usted?– por tóas estas sierras con el ganao y nunca me he topao con ningunu”.

LA CHANCALAERA

“De la Chancalaera, ¿pos que voy a hablá? Cuandu éramos niños y no queríamos comé, nos dicían:

– *Si no coméis, va a vení la Chancalaera y vos lleva pa la cueva.*

Y también, pa que no nos fuéramos pa’i, sin rumbo, nos decían:

– *No vaigáis pa tal sitio, pue pa’i anda la Chancalaera.*



Antrujos en la alquería de El Cabezó (año 2000): Tío Goyo acompañado de su mujer, Delia Martín, y del bijo pequeño del autor de este trabajo

Contaba la genti vieja, pa que usted lo sepa, que la Chancalaera era otra guijanta, que achancaba los ríos de un solu pasu. Ahí, ande llaman “El Gollete”, dicin que dejó marcá la huella de la pisa, que dicin que pusu un pie allí, en la canchera, que diba a cruzá el río de Fragosa, el Malvillidu que llamamos, y el otro pie lo pusu en el tesu de “El Collao”, ande tenían el puebro los moros y ande tenía ella la era ande trillaba el miju, que era de lo que se hacía el pan antis por estos terrenus. Entodavía se pudin ver los restos de la era allí, en el cotorru, y lo mismu la güella de la pisá en la canchera, que debía de calzá del 50 pa’rriba, por lo menos. Contá, contaban antiguamente muchas cosas de la Chancalaera. Dicían, pa que usted lo sepa, que esas guijantonas se convertían a veces en viejinas, y que entraban en las casa ande oían a los niños llorá, polque los habían dejao solus los padris, que andarían a sus tareas, a atendé los güertus, la jacienda. Dicin que una vez entró una chancalaera en una casa, polque sintió a un niño llorá. Miró a vé si veía a alguién, y cumu no vio a nadie, se metió pa endrentu, pero allí estaba, sentaíta en unu de esus tajitus que había antis, ampié la lumbri, la abuela del niño, que era poquina cosa y mu vieja, y estaba envuelta en el mantón, ampié la lumbre. Y dicin que fue a cogé al niño la Chancalaera, y le diju la abuela:

– *No lo cojas.*

Dici la Chancalaera:

– ¡Huy!, ¡pos si no te había visto!, que yo pensaba que era un saco de carbón que estaba ampié la lumbri.

Y le dici la abuela:

– No cojas al niñu.

– ¡Pos que deji de llorá!, que no aguantu los llórius de los niños.

Pero como no dejaba de llorá, lo fue a cogé pa llevarlo al hornu, que dicían que las chancalaeras cugin a los niños lloronis y los asan en los hornus. Dicin que le diju la abuela:

– No lo llevis al hornu, que allí está el pan bendecíu.

Cogi ella –¿sabe usted?– y se llevó al niñu al hornu, pero cuando lo fue a asá, vio que había allí un pan con la cruz jecha, que se l'hacía una cruz al pan por cima, pa bendecirlu, y en cuantis que vio la crú, salió que echaba hostias por la puerta, y allí dejo al niñu”.



Navidades (1998) en la alquería de Vegas: Tío Goyo y el que suscribe estas líneas entonando amigablemente un viejo romance.

EL DUENDE JAMPÓN

“Sí, tamién se hablaba muchu de los duendis, que dicían antis los viejos:

– *Eris como el duendi jampón:
lo mismo te da el tocínu que el jamón.*

Es que –¿entiende usted?– antes dicían que en algunas casas entraba el duendi jampón, que dicían que era mu chiquininu, pa’í si levantaría dos palmos del suelu, pero siempre tenía hambre, sobre todú por la nochi, que dicían –y es que tantas cosas contaban los antiguos– que tenía que comé al día sieti arrobas de comida. Claro, estu es cosa

de cuento, que si esi duendi jampón no pesaba ni media arroba..., jánde le diba a cabé las sieti arrobas de comía! ¿Usté comprendi eso? Amos a suponé: que en una casa aparecían las patatas roías y comías, ya estaban dijiendu:

– *Esi es el duendi jampón, que anda por la casa.*

Que en otra casa ocurría otrú tantu de lo mismo con los tocinos que estaban en el salaeru, o –qué sé yo– con las granas, los pipus, los millus..., qué sé yo, con las sementijas, con lo que fuera..., vuelta otra vez con lo mismu:

– *Ya está el duendi jampón jaciendu de las suyas.*

Dicían que era el duendi, y a lo mejó eran los ratonis, ¿sabe usted? Otras veces pegaban con los carozos o con otras comías y piensos de los ganaos, que esi duendi debía de ser poco escrupulosu, y tó se volvían en echarli las culpas al duendi jampón; pol eso se decía esu:

– *Eris cumu el duendi jampón:
lo mismo te da el tocínu que el jamón.*

¡Hombre!, tocínu sí teníamos antes, pero jamón había pocu, que cambiábamos los jamones pol tocínu, pa que cundiera más, que, en tiempos de atrás, la comidita al meyudía era el poti de castañas cocías con un cachu de tocino. Y fijise usté: dicían que esi duendi jampón tenía unos pies granderonis, más grandis que el cuerpu, y que no hacía farta que se echara pa dormí, que se quedaba dormío de pie. Cuentan que le hizun un rastro de ceniza una vez y que, a la mañana, vieron las pisás en la ceniza”.

EL DUENDE ENTIGNAO

“Esti era otro duende, que era negro cumu la pez. Dicin que vivía pa los altus de esa sierra de La Gineta, que, cumu usté sabi, es esa que está deslindando los ayuntamientos de Caminomorisco y Nuñumorá. Pero esti duendi, sigún contaban los antiguos –yo estu lo he oíu contá muchas veces–, era tó lo contrario al duendi jampón, que esti duendi –que le dicían el duendi entignao– era tan alto que el sombrero que gastaba salía pol cimaju de La Gineta. Y esti duendi era mu fumadó, que siempre estaba liando tabacu. Dicían que salía entre dos lucis, al pardagueá, y que tos los devaneos suyos eran ofrecerli unos cigarrus-purus a los pastores que andaban con el ganao. Ahora un día –¿sabe usted?– abajaba con el ganao, ya a las posturas del sol, un pastó por esi sitio de “La Romaero”, y dicin que, de pronto, se alzó cumu del río el duendi entignao. Va y le dici al pastó:

– *Toma esti cigarro-puro.*

Y dici el pastó:

– ¡Pos vaya cosa: un cigarro-puro! Ya me podía usted dar una buena bolcheta de moneas de oro.

Antonce dicin que se enfadó muchísimo el duendi entignao, pol lo desagradeció que había sido el pastó, y cogió y dici:

– Con que eris un avariciosu, que sólo quieres moneas de oro; pues ahora pol ser tan pragosu, vas a ve...

Y dicin que se desató una tormenta que escureció tós estos montis cumu si fuesi de nochi, y tó el ganao, y el pastó mismo, se los llevó el río hasta que dio en el mar con ellos, ya ahogaos, claro. Y asín fue, sigún contaban los de atrás, cúmu dieron comienzo las tormentas en el mundo, que antis, claro, cumu la genti no se daba de cuenta de muchas cosas, pos dicían –¿sabe usted?– que las tormentas las apareparaba el duendi entignao, que rebullía las nubes con el sombrero que gastaba –claro, cumu era tan altu, llegaba hasta las nubes–, y, aluegu, tocaba un tamborí que tenía pol parchis dos pieles de lobu, y de resultas del toqui, venía el estruéndalu de los truenos. De la misma forma contaban que al restregá el deslabón con la pernala (que antis, ¿sabe usted?, cuasi que ni había cerillas, y había que encendé dandu un pescozón con el deslabón y la pernala, c’había que arrimá un pocu de yesca, pa que naciera la llama, y asín se hacía lumbri de antiguo, y los que hemus sidu fumadores, tós los llevábamus encima, p’encendé los cigarrus)... Y lo que le digu: decían que, al dar el pescozón al duendi, salían los relámpagus y caían las chispas a la tierra, que traían piedras afilás. Si al tiempu d’encendé la yesca, se caía algu pa bajo, ya estaban los inciendus en el monti, que usted habrá vistu que muchas vecis, con las tormentas, se apareparan inciendus. Pol esu, cuando hay tormentas y se apareparan los incendiis, decía la genti antigua:

– Ya se dejó de caé otru cachu de yesca el duendi.

O tamién, cuando se oían los truenos:

– Ya está tocandu el tamborí el duendi”.

EL DUENDI ZUNGULUTERU

“También habraban la genti de pa’trás del duendi zunguluteru, que, pa que usted lo sepa, dicían que era un hombrí mu chiquininu y negru cumu un carbonizu. Y esti duendi zunguluteru trasteaba tó lo que había en la casa, tó lo revolvía y lo ponía patas pa’rriba. Contaban –los cuentus de antis, ¿sabe usted?– que, cuando se echaba encima la noche, venían el duendi zunguluteru y la duenda y entraban en las casas pol el lumbreru, que antis como no había chimeneas en las casas viejas, pos había cumu una ventanita en el tejao,

que era de lanchas, pa que saliera el humo y entrara la luz, y, luego, cuando llovía, se tapaba con una piedra de quitá y poné, con una lancha. Venía el duendi zunguluteru y dicían que cantaba:

“Yo soy el duendi zunguluteru:
y he nació en Cirimea;
me crié pa los disiertos
y calvo estoy de la cabeza.
Tengo cien años cumpríos
y estoy mamando la teta”.

Dicían que la duenda se estaba sentaíta a la lumbre, que de allí no se movía, que se estaba allí toda la noche, royendu castañas brancas. Pero el duendi lo trasteaba tó; diba pa’arriba y pa’baju, le daba la vuelta a los cacharros, derramaba la aceiti, esmigajaba el pan..., na más que jacé tras-tás, ¿entiende usted? Y dicien que tamién se metía en los cuartos ande dormían las personas y les asopraban en las orejas, que les metían aire pal cuerpo, y, aluego, se levantaban a la mañana las personas y dicían:

– Ay, qué retortijones tengü en la barriga, que estoy como empancinao. Siguru que esta nochi ha estao el duendi en la mi cama.

¡Y qué aires ni ocu cuartos! Lo que pasa es que, antis, se cenaba en cuasi toas las casas la olla de berzas, o brejones, o jabas..., que son verduras que, como usted sabe, producen muchos gases, y esu era lo que pasaba, y la genti dicían que era el duendi zunguluteru que les había asoprao en el uídu. Otros dicían que el duendi l’había contaó pol la nochi los güesus de las costillas, y a lo mejó es que estaban despaletaos de tantu cavá los güertus. Miri usted lo que dicin que le pasó a una abuela de Ulogio el de tío Baldomero. Dicin que andaban de matanza y, a la hora de embusá, toas las tripas se le reventaban; no es que dijéramus que una o dos, es que eran toas. ¡Nada!, que no fuerun escapá de emusá ni una joía morcilla. Pos guardaron ya las artesas con el mondongo, y ahora pol la nochi, ¿sabe usted?, estaban ya acostaos, y la abuela de Ulogio sintió cumu si andaran pol la bodega. Cogi y se levantó y fue derecha a la bodega. S’ansomó pol el bujeru de la llavi y vio que, a la luz del candil, estaba el duendi zunguluteru, y estaba embusandu el mondongu de la artesa, y ni una tripa se le reventaba. Y dicin que estaba cantando:

“Para embusá el mondongo
se necesita tené
permiso del señó duendi
y de la duenda también”.

Y dicin que volvía otra vez:

“Pon el mondongo en lo alto
para hacé los farinatos,
que el gato coge la carne
y no vuelve al garabato”.

Decía la abuela de Ulogio que, en un santiamén, embusó una artesa grande de mondongo. La mujé, pos...¿sabe usted?, no daba crédito de lo que vía, y ahora dicin que cumu lo vio asín, el duendi, con unas ropinas viejas y toas sucias, cogió y, a la noche sigüenti, le dejó en la bodega un traji nuevo, aparenti pal su tamaño, cumu agradecía que estaba polque l'había embusao una artesá de mondongo. Fue y cuantis volvió a barruntá que jaramasqueaban en la bodega, se levantó y fue pa'lla. Ya estaba allí el duendi encendiendu el candil. Ahora dicin que va el duendi y ve el traje nuevo; cogi y se lo poni, apagó el candil y se fue pol ande había venío, y diba cantando:

*“El duende que estrena traje
no puede andá de matanza,
que se mancha el vestidito
con el untu y con la grasa”.*

Y eso dicin que le pasó a la abuela de Ulogio; esu es lo que contaban. Ahora, ¡vaya usted a sabé...!.

RASGOS DIALÉCTICOS

Es sabido que el antiguo reino de León comprendía parte de la actual comunidad cántabra, la provincia de Palencia, gran parte de la de Valladolid, la comunidad asturiana, provincias de León, Zamora y Salamanca, así como la mitad occidental de la provincias de León, Zamora y Salamanca, así como la mitad occidental de la provincia de Cáceres y un pequeño sector de la de Badajoz. A la muerte de Alfonso VII en el año 1157, el reino se estrecha, perdiendo el territorio comprendido desde el Pisuegra al Cea; es decir, las provincias de Palencia y Valladolid.

Antiguamente, se hablaba leonés en toda la extensión de este reino, exceptuada Galicia como región lingüística aparte. Además, el leonés fue lengua escrita principalmente en el siglo XIII y primera mitad del XIV.

En lo que respecta a la región extremeña, había una Extremadura leonesa, que a la muerte de Alfonso VII, se dividía de la Extremadura castellana por medio de la calzada de la Guinea, que, más o menos, coincide con la vía de La Plata. Al poniente, quedaba el sector dialectal con influencias leonesas, y al oriente el de influencias castellanas. Ello no quiere decir que tales sectores presentaran afinidades exclusivas castellanas o leonesas, pues se constatan núcleos pertenecientes al área castellana con rasgos dialectales astur-leoneses (Serradilla, Piornal, El Torno...). Del mismo modo, localidades enclavadas en el sector dialectal leonés carecen de los rasgos más significativos de las hablas astur-leonesas, como ciertas alquerías y

lugares situados en la zona este de la comarca careña de Las Hurdes.

Centrándonos en las más significativas características dialectales de los hablantes del concejo de Nuñomoral, patria chica de Tío Goyo, podemos diferenciar las siguientes:

Vocalismo

- Cierre de las vocales átonas finales: /o/ en /u/ y /e/ en /i/. Ej.: “Cogi al perru y dali pa lus jucicus” (Agarra al perro y pégale en los hocicos).
- Cambio de vocales finales: “miseri” por “miserro”, “cuanti” por “cuanto”, “ristri” por “ristra”, “friti” por “frito”, etc.
- Conservación de la /e/ paragógica: “peci” por “pez”, “jaci” por “haz”, “caci” por “caz”, “joci” por “hoz”, “redi” por “red”, “nueci” por “nuez”, “relo-ci” por “reloj”... En los antiguos romances que se cantan por la zona, se mantiene, en muchos casos, esta /e/ paragógica.
- Contracción de vocales: “paquí” por “para aquí”, “pacá” por “para acá”, “an ca mi agüelu” por “a casa de mi abuelo”, “ca unu” por “cada uno”, “pana” por “para nada”, “ándi” por “adónde”, “alanti” por “adelante”, etc.

Consonantismo

- Conservación de la /f/ inicial latina en algunas palabras: “fusca” (basura), “forraji” (heno fresco), “fechá” (cerrar la puerta), “figal” (higueral), “frumientu” (dícese de los regajos que llevan mucha agua, semejándose a los ríos)... A veces, se aspira la /f/ inicial castellana: “juerti” (fuerte), “juenti” (fuente), “jumá” (fumar), “juera” (fuera), “jue” (fue), “jebrreru” (febrero)...
- Aspiración de la /f/ inicial latina, que, tal vez, podríamos transcribir tal sonido con la siguiente representación /hw/, pero para evitar complicaciones al lector, hemos decidido transcribirla como una /j/, aunque repetimos que su sonido es el de una aspiración sorda. Esta aspiración comprende, igualmente, la /s/ y otros fonemas en posición implosiva (final de sílaba): “jormiga” (hormiga), “injiejtu” (enhiesto), “jolgacián” (holgazán), “jería” (herida), “jambrientu” (hambriento), “Jurdis” (Hurdes)...
- Aspiración sistemática de la /j/ y /g+e,i/, tanto inicial como intervocálica.
- Aspiración de la /z/ final.

- Conservación del grupo /mb/: “lombu” (loma), “lambé” (lamer), “camba” (parte del arado), “palomba” (paloma)...
- Indistinción o neutralización entre la /l/ y /r/, ya fuere en posición implosiva o al final de palabra: “praza” (plaza), “fró” (flor), “habrá” (hablar), “plau” (prado), “apletá” (apretar), “charpijá” (salpicar)... Aunque en la generalidad de Las Hurdes se neutraliza la /r/ final de los infinitivos (“comé”, “salí”, “cantá”...), en la parte más suroccidental de la comarca esa /r/ se convierte en /l/: “rejilal” (tiritar), “enfurrucal” (enfadar), “ejmorecel” (enfermar), “acuil” (acudir)...
- Conservación fuerte de las antiguas consonantes sonoras dentales. Este fenómeno tiende a una decadencia total: “dagal” (zagal), “adeiti” (aceite), “jadel” (hacer), “caderíu” (cacería), “durdu” (zurdo)...
- Supresión de consonantes finales: “antié” (antes de ayer), carci (cárcel), “colaó” (colador), “arbu” (árbol), “ejcapá” (capaz), “paré” (pared), “osté” (usted), “Feli/Fele” (Félix)...
- Conservación de la /f/ intervocálica de modo aspirado: “la jesa” (dehesa), “moju” (moho), “moju” (salsa), “zajurra” (zahorra), “zajurda” (zahúrda), “rejendija” (rehendija), “zajonij” (Zahones)...
- Pérdida silábica: “Arromaeru” (Arroyo del madero, topónimo), “Robarreru” (Arroyo de la barrera, topónimo), “Rolobu” (Arrolobos, aldea), “óndi” (adónde o en dónde), “quíe” (quieres), “perda” (pérdida), “cituna” (aceituna), “mía” (mira), “pa” (para), “paé” (parece)...

Morfosintaxis

- Empleo de artículo+posesivo+sustantivo: “la mi vedina” (mi vecina), “el mi seño” (mi suegro), “laj mij chivínaj” (mis cabritas), “loj mij guarrápuj” (mis cerdos)...
- Generalización del uso del artículo con los nombres de hombre y mujer: “el Antoniu”, “la Juani”, “el Sidoru”, “la Toña”, “el Mingu”, “la Donia”...
- Vacilación y cambio de género en ciertas palabras: “la nogala” (el nogal), “loj jabichueluj” (las habichuelas), “la zuca” (el azúcar), “la ceiti” (el aceite), “la torvijca” (el torvisco)...
- Utilización del sufijo diminutivo “ino” “ina” como recurso afectivo del hablante en sentido positivo: “chiquirrininu” (pequeñito), “prendina” (niñita), “bajininu” (bajito), “pobrecina” (pobrecita)... Incluso algunos topónimos referentes a aldeas hurdanas hacen gala de tales sufijos: Cambrocino, Carabusino, La Jambrina (despoblado)... En las comarcas limítrofes a Las Hurdes, se emplea con

frecuencia los términos “jurdanino/u” y “jurdanina” para designar a los niños/niñas que están entecos o mal vestidos, pero no en sentido despreciativo, sino compasivo. Así mismo, no es raro encontrarse con el sufijo “in”, como ocurre en zonas asturianas: “matanchín” (persona encargada de matar a los cerdos), “mansín” (hipócrita), “cacín” (canal de riego), “rubín” (ira), “jabalín” (jabalí), “veleguín” (pendenciero)...

- Permanencia del antiguo genitivo partitivo latino: “dalmi una pintina de vinu” (dadme un trago de vino), “esi hombri tieni únih cuántuj de añuj” (ese hombre tiene muchos años), “embaraja unaj pócaj de cártaj” (baraja unas cartas), “ésaj nogálaj que s’han derrotau son de laj túyaj” (esos nogales que se han estropeado son tuyos), “entri ésuj gorrínih no hay ningunu de luju míuj” (entre esos cerdos, no hay ninguno mío)...
- Uso de los presentes verbales incoativos en /a/ (1ª persona del singular y 3ª del plural del presente de indicativo y todas las del subjuntivo): “ejcureza” (obscurézca), “agraezan” (agradezcan), “creza” (crezca)...
- Empleo frecuente de las formas fuertes de la 3ª persona del plural del Perfecto: “ejtuvun” (estuvieron), “dijun” (dijeron), “convinun” (convinieron), “jizun/jidun” (hicieron), “trajun” (trajeron)...
- Trastocación vocálica y consonántica en muchos gerundios: “fuendu/diendu” (yendo), “dijiendu” (diciendo), “pusiendu” (poniendo), “tuviaendu” (teniendo), “riyendu” (riendo), “fritandu” (friendo)...
- Conservación del arcaísmo leonés /orin/ en la 3ª persona del plural del Perfecto: “llegorin” (llegaron), “saliorin” (salieron), “bebiorin” (bebieron)... Este rasgo dialectal sólo se conserva en el habla de las personas de avanzada edad.
- Trasmutación de vocales y consonantes en determinadas formas verbales: “empezaiti” (empezaste), “terminaiti” (terminaste), “muelgan” (muelan), “suelgan” (suelan), “duelgan” (duelan), “cogéilu” (cogedlo), “matáilu” (matadlo), “sentálvuj” (sentaros), “dílvuj/dirvuj” (iros), “arrecogérvuj” (recogeros)...

BIBLIOGRAFÍA

- REQUEJO VICENTE, José María: “El habla de las Hurdes” Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras. Salamanca, 1975-76.
- VELO NIETO, Juan José: “El habla de las Hurdes”, *Revista de Estudios Extremeños*, XII, 1956.
- SANDE BUSTAMANTE, Mª de las Mercedes (de): *El habla de Acebúche*, Asamblea de Extremadura, 1997.

Actitudes y manifestaciones populares frente a la muerte, en la comarca de “La Peña” (Palencia)

Luis Manuel Mediavilla de la Gala

...y no quedo dello mas...
por este mundo inconstante,
mira que el que va adelante
avisa al que va detras

(“Dezimas a la Muerte”.- S. XVII)

INTRODUCCIÓN

Innumerables generaciones atemorizadas por la idea de la muerte, fueron formando un poso cultural alrededor de su acontecer, que sólo los vendavales de la *Modernidad* han logrado remover, incluso arrastrar, dejando un vacío sin referencias y, hoy por hoy, prácticamente carente de significados. Ahora *se muere* rápida y limpiamente, sin apenas más manifestaciones, que los meros

trámites burocráticos; hospitales, residencias, tanatorios y funerarias, se encargan primero, de separar y alejar al enfermo del entorno familiar y, luego, de maquillar al muerto y a la muerte, despojándoles de cuidados, ritos y crudezas familiares y sociales. Más que desdramatizar a la muerte, ésta ha sido descafeinada, convirtiéndola en un trámite más o menos enojoso, a lo que ha contribuido también, en gran parte, el laicismo imperante.

Otro cambio de los últimos tiempos, se ha producido en la actitud de los individuos hacia la propia muerte. Mientras que las generaciones pasadas *la sufrían* en vida por partida doble: como final de la fiesta –*se acabó lo que se daba*– y como incógnita y miedo al Más Allá –*Infierno o Gloria*–, ahora se está llegando a ella con mucha más naturalidad, en lo que influye no sólo el citado laicismo, sino también, la prolongación de la vida lograda por los avances de la ciencia. Este hecho propicia que, el tiempo de *adaptación* a la idea del final, sea más dilatado y, por tanto, menos traumático, incluso predisponiendo *favorablemente* el ánimo, por mor de la paulatina e incapacitante merma de las facultades.

El observador actual y futuro, debe tener presente todo lo dicho, no sólo para interpretar las formas y los ritos, sino y sobre todo, para comprender los impulsos que animaron a las gentes de épocas pasadas, ante el último y decisivo trance de sus vidas. Para exponer aquí tales situaciones, nos vamos a mover en tres momentos, temporal y esquemáticamente diferenciados, por el *Antes*, el *Durante* y el *Después* del trance, cuando éste seguía su curso normal en la *Antigua Cultura*.

CUANDO SE APROXIMA

Hoy nos resulta ya harto difícil situarnos en la mente de aquellas gentes, por el cambio radical experimentado en todas las circunstancias que rodean el evento, no sólo las ya mencionadas, sino otras muchas de toda índole. Por citar algunos, pensemos en los cambios sufridos en la vida familiar: disgregación, domicilio, independencia...; en los avances de la ciencia: eficacia de la medicina, recursos de la cirugía... y en los servicios domésticos: agua, calefacción, higiene...

La Enfermedad

Sólo el dato de la vida media de una persona adulta en los tiempos pasados, situada alrededor de los 40 años, descontando la alta tasa de la mortalidad infantil, nos



El triunfo de la muerte

evidencia que la muerte llegaba, en demasiadas ocasiones, en la plenitud de la vida, por mor de la indefensión ante las enfermedades, unida a una mala alimentación. No sólo es que la Medicina estuviese en pañales, sino que, la existente, se hallaba muy alejada, geográfica y económicamente, de la inmensa mayoría de las gentes, cuyo recurso próximo de curanderos y cirujanos, servía para lo que servía. El tema es tan amplio, que debemos dejarlo hoy aparcado, para centrarnos en el punto final.

Cuando llegaban la enfermedad o el accidente graves, todos sabían que, salvo contadas excepciones, el desenlace era siempre fatal y relativamente próximo en el tiempo, por lo que se desataba toda una serie de mecanismos de defensa, que iban desde las impetraciones divinas, hasta los preparativos materiales para el desenlace.

Así, existía la costumbre de los *Ofrecimientos* o promesas, por las que, como último y desesperado recurso, se encomendaba la salud del enfermo a algún Santo o Virgen, a cambio de un bien material o de un sacrificio personal, bien del que hacía la promesa, bien del propio enfermo, en el supuesto que sanara. En la comarca se hallaba muy extendida esta costumbre, ante la *Virgen del Brezo* (1). Todo ello, a iniciativa de la familia, pues la Iglesia, curiosamente, no tenía nada previsto, aunque *se dejaba querer*, ante tales promesas.

Por otro lado, la familia debía prever ciertas necesidades que se la venían encima; unas, puramente materiales, como la ropa de luto o los gastos que iba a generar el evento. Otras, tenían relación con el futuro legal inmediato; entendiéndose la herencia y todas sus consecuencias. Era muy frecuente la existencia en la familia, de hijos de anteriores matrimonios, lo que complicaba extraordinariamente el reparto de los bienes y daba origen a *movimientos* más o menos soterrados de los potenciales herederos, con miras a influir en la decisión y resultado final del reparto.

El Testamento

Los antiguos testamentos que se conservan, nos permiten una aproximación muy interesante a las actitudes de aquellos enfermos frente a la muerte, en sus dos vertientes, del *Acá* y el *Allá*. Respecto a la primera, aparece su voluntad respecto al reparto de los bienes y no tiene diferencia substancial con los actuales.

Donde hallamos su contenido más trascendente, es en las manifestaciones y disposiciones que hacen sobre su alma, las cuales ocupan la primera parte del documento, comenzando por su *Profesión de Fe*, detalle que, a pesar del evidente formulismo de su redacción, respondía a los deseos más íntimos de las personas, pues no sólo dejaba el testimonio de su fe ante terceros –aspecto muy importante en siglos pasados– sino que, además, le servía como asidero en su propia necesidad y angustia espirituales frente a lo desconocido. Veamos cómo se expresa tal declaración en 1693, en un pueblecito de la comarca, llamado *Fontecha de la Pena*:

«Yn DEY Nomine Amen. Sepan ... como yo Juan de la Calle ... estando enfermo en la cama de una enfermedad que dios n(uestro) s(eño)r a ssido servido de me dar y sano de mi juicio y enttendim(ien)to natural ttemiendo me de la muertte que es cosa ziertta a ttoda criatura viviente Creyendo como creo firme y berdaderam(en)te en todo aquello que cree y confiesa la ssanta madre Yglessia Cattolica = ottorgo y conozco que a onrra y gloria de Dios n(uestro) s(eño)r y de la virgen santtissima su benedicta madre a quien suplico sea mi abogada Yntercessora son su divina mag(esta)d...».



Los tormentos infernales

Para completar la visión de esta faceta, vamos a ver otros detalles que aporta un testamento del mismo lugar, pero cien años más tarde, en el que, además de la Profesión de Fe, impreta la ayuda de:

«...la Siempre Virgen Maria... Santto Angel de mi Guarda...y...de la Corte Zelesttial, a quienes tier-nam(en)te suplico Yntterzedan con su dibina Maguesttad alcanzen perdon de mis culpas, que por ser tanttas temo su tribunal de Justtiz(i)a y de el apelo al de su misericordia y conformandome con su Santtis-

sima Boluntad ... Encomiendo mi Alma a Dios n(uestro) s(eño)r que la crio y redimio con su preciosissima sangre Pasion y muerte y el cuerpo a la tierra donde y para que fue formado».

A continuación, pasan a manifestar su voluntad acerca del destino de su cuerpo, en cuyo momento aparecen ya las primeras medidas que toma, empujado por su preocupación ante el Más Allá:

«...que quando la boluntad de Dios n(uestro) s(eño)r fuere servida de me llevar desta pres(en)te vida a la otra mi cuerpo sea sepultado en la iglessia parrochial... de este d(ic)ho lugar... en la sepultura de Marina mayor mi abuela o a un lado donde mexor lugar huviere y se pague por el rronpim(ien)to de la tti(erra) lo que se deviere de mis vienes...(y)...se haga mi ynttiero el dia de mi fallecim(ien)to...».

Había quienes añadían otros detalles, como es el caso de otro vecino del lugar de **Viduerna de la Peña** quien, en 1782, dispone además, que su:

«...cuerpo sea sepultado con el Abitto de n(uestro) P(adre) S(an) Fran(cis)co...».

En el siguiente paso, aparecen ya las ceremonias y oraciones que desean se hagan por su alma, dependiendo su cuantía y magnitud de diversos factores, como el capital disponible y la existencia o no de herederos directos, por lo cual, estas disposiciones eran muy variadas. Seguimos con el primer testamento:

«Ytten mando se digan por mi anima un Nobenario de missas rezadas los nueve dias siguientes a mi fallezim(ien)to como se acostumbra en este d(ic)ho lugar y se paguen los der(ech)os de decirlas que esta es mi B(olunta)d».

«Ytten mando se hagan...dos memorias la una alfin del medio año y la otra al cabo de año con asistencia de seis clerigos cada una de ellas los quales digan missas por mi anima se les paguen sus pittanzas...».

«Ytten mando se digan por mi Anima sesenta missas rezadas en la yglessia parrochial de este lugar y seis en d(ic)ha parrochia por penitencias mal cumplidas=dos en la Virgen de Fonlada (ermita del lugar)=dos en el Santo Christto de las Eras (ermita-santuario de la comarca)=dos en la Virgen del Balle (en Saldaña) y otras quattro por el anima de Marina del Balle mi abuela ttodas rezadas y sse pague la limosna por ellas...».

Vemos que trataban de *atar cabos sueltos* de su vida espiritual, como las *penitencias mal cumplidas* y que recurrían a sus devociones particulares de Santos y Vírgenes. El recuerdo y misas por su Abuela, con cuyos restos deseaba reposar, deja entrever un especial afecto y agradecimiento hacia ella. Pero lo que más llama la atención en lo leído y en lo que luego veremos, es la gran cantidad de rezos y oficios que pretende se hagan por su alma, cuyos importes económicos serían cuantiosos, inten-

tando así, casi a toda costa, asegurar su salvación, por la vía de las oraciones de otros que, a su vez, resultaban *agraciados* de rebote por el testamento, los cuales se encargarían de velar, interesadamente, por el fiel cumplimiento de lo dispuesto, como luego veremos al hablar de los *Aniversarios*.

CUANDO LLEGABA

La representación esquelética de la Muerte, con su inseparable guadaña, presente en toda la iconografía de épocas pasadas, había impregnado de tal suerte las mentes que, en sus delirios, algunos enfermos llegaban a percibir su presencia –tal cual– en el entorno de la habitación, *ambientado*, a su vez, por un vivo dramatismo a cargo de familiares y allegados. Por otro lado, la sabiduría popular, había detectado que la inmediatez del trance final, solía estar precedida por unos días o unas horas, en los que el enfermo parecía recobrar la salud, por lo que pocos se dejaban engañar; *Es la mejoría de la muerte*, se decían unos a otros.

El Viático y la Extremaunción

En circunstancias *normales*, toda la escenografía del evento, comenzaba un día, con el paso del Santo Viático por las calles del pueblo, lo cual imponía un gran respeto, no sólo por la presencia de la Hostia consagrada, sino por lo que significaba aquella pequeña comitiva del Sacerdote portador, precedido por la Santa Cruz en manos de un Monaguillo y seguido por otro agitando la campanilla anunciadora de su paso, hacia la casa de un casi seguro moribundo; los hombres se descubrían a su paso y las mujeres se arrodillaban en señal de respeto, mientras



El Viático

musitaban una plegaria. *Le han llevado el Viático*, era el mensaje que corría de boca en boca, presagiando lo peor. Aviso que también percibía el enfermo, sabedor, por experiencia, de lo que tal llegada significaba, aunque Sacerdote y familiares, se esforzaban en disimularlo, como una atención a su deseo y hábito de comulgar con frecuencia, si tal era el caso. De cualquier manera, significaba un alivio considerable para su compungido espíritu.

Aparte de ocasionales visitas del Sacerdote, el paso siguiente en este proceso de ayuda y despedida de la Iglesia, era la Extremaunción. Si el Viático era el alimento del alma para afrontar el trance, la Extremaunción venía a ser como el pasaporte y credencial de buen Cristiano, al corriente en el pago de sus deudas espirituales. Pero para el enfermo, si conservaba su lucidez, y para los familiares, tenía también un significado más evidente y dramático: aquella vida tocaba el final y las angustias alcanzaban niveles de congoja.

La Agonía

La llegada de esta fase irreversible, hacía saltar ya todos los frenos de las emociones y los sentimientos, con lo que la casa se llenaba de gentes, familiares y vecinos, en un confuso revoltijo humano, aderezado de sollozos, íres y venires sin sentido, abrazos, quehaceres compulsivos, lloros e intentos de consuelo. En tal situación agobiante, la presencia de los ajenos a la casa, significaba también la manifestación de una solidaridad que compartía el dolor y daba ánimos a la familia.

«quando algun enfermo estuviere en las ultimas agonias se avise al sacristan para que con la campana mayor de doce golpes con alguna pausa, cuya señal sirva a los demas fieles... para rogar a N(uest)ro S(eño)r auxilie... al moribundo en tan terrible trance...».

Dejó ordenado el Visitador Pastoral en **Recueva de la Peña** en 1755, respecto al tradicional toque de campanas que se hacía en estas ocasiones.

En esas circunstancias, era frecuente la presencia de personas, más o menos allegadas a la familia, que abordaban la situación con ánimo sereno, convirtiéndose en los conductores de la situación; unas veces para alivio de la familia y otras, del propio enfermo. De estas personas, tengo la referencia de una mujer que desempeñaba este papel en **Recueva de la Peña**. Se llamó *Clotilde Valbuena*, quien, aparte del alivio que significaba su presencia, asistía y acompañaba al moribundo hasta el último momento. Entre su repertorio de frases, consejos y consuelos, le recitaba la *Oración de la Buena Muerte*; una composición versificada por desconocido autor, que, ingeniosa, pausada y rítmicamente, intentaba aliviar la angustia y guiar el pensamiento del moribundo. En la recuperación del texto, realizada por una hija de la citada, existen evidentes lapsus, pero su forma y contenido, nos dan idea cabal de la loable intención perseguida.

*Ahora, mi Señora, ahora,
que postrado en esta cama,
me encuentro tal,
que no sé si llegaré a mañana.*

*Ahora, más que otras veces,
que mis enemigos andan
solicitando por puntos,
para arrojarme a las llamas.*

*Ahora, más que otras veces,
es menester vuestra Gracia,
pues me digáis, piadosos,
que mi vida se acaba.*

*He de dar cuenta (ahora),
de mis obras y palabras;
de mis malos pensamientos
(Y mis pasadas hazañas).*

*¿Qué será de mí, Dios mío?
si vuestro amor no me ampara,
si vuestra Madre bendita,
no favorece mi causa.*

*Yo no sé cómo es aquella
cuenta que con Vos se paga;
pero bien sé que en el cielo,
han de estar puras las almas.*

*(¿Cómo llegar a) vuestra Gloria,
si tengo la mía con manchas,
(aunque) no por eso pierdo,
(los anhelos y) esperanzas.*

*Dame pues el Purgatorio,
para purificar mi alma
y (así) luego vaya,
a la celestial morada.*

*También creo lo que cree,
la Santa Iglesia Romana;
los Artículos y el Credo
y la potestad del Papa.*

*Que lo creásteis todo
y en vuestra Ley Sacrosanta.
Cien mil vidas que tuviera,
por Vos las sacrificara.*

*¡Ay Señor! no puedo más,
porque mi lengua se trava;
ya no puedo pronunciar
Artículos de los que hablas.*

*Pues lo que siente este cuerpo,
desaparece del alma,
porque (a) cada movimiento,
el corazón se me para.*

*Santos de mi devoción;
Virgen Purísima y Santa,
concebida sin pecado,
Santísima Beata.*

*José, Pedro, Sebastián;
Francisco, Antonio de Padua;
Julián, obispo de Cuenca
y la Magdalena gallarda.*

*El Evangelista Juan
y también Bárbara Santa,
por Dios os suplico y ruego,
que favorezcáis mi causa.*

*Que con tales abogados,
mis dolores me acompañan.*

.....

*Adiós Padre, adiós Madre;
adiós Hijos, adiós Patria;
si algo os he parecido,
luego me veréis sin nada.*

El Deceso

Producida la muerte, se ponía en marcha otra serie de actuaciones sociales, muchas de las cuales sobrepasaban la capacidad de los familiares, abrumados por la pena y el dolor, por lo que aparecían en escena otros actores, con papeles que las pautas de la comunidad tenían ya asignados de por vida.

Había que adecentar y amortajar el cuerpo y, para ello, siempre se contaba con algún hombre o mujer quienes, superando temores y repugnancias, procedían rápidamente a realizar tal operación. ¡Cuántos trajes de novio sirvieron también de mortaja!, pues, normalmente, no había mucho donde elegir.

«Una vez que el moribundo dejaba de respirar, inmediatamente le cerraban los ojos, pues un retraso vidriaría su mirada y la rigidez muscular impediría que se le juntasen los párpados. Luego se le colocaba un pañuelo atado, desde la mandíbula inferior a la cabeza, para impedir que le quedase la boca abierta... A veces, se le tapaba la cara y se le ponían dos monedas en los ojos; y casi siempre, se le juntaban las manos en actitud orante, con una cruz entre ellas» (2).

A la vez, se procedía a mandar avisos a los familiares lejanos, para lo que siempre se podía contar con los jóvenes de la familia o los vecinos, quienes, con muy buena voluntad, partían llevando la noticia. Los trámites administrativos y los detalles del sepelio, se realizaban por los hombres de la casa, mientras que las mujeres se afanaban en los muchos quehaceres domésticos que imponía la situación, en un alocado trajín de preparativos de todo tipo, para cubrir las horas y ritos que se avecinaban; entre otros, el sacrificio de alguna res lanar adulta, destinada al convite del entierro. Ello servía también para distraer y aparcar, de alguna forma, los sentimientos de dolor. Entre tanto, iban llegando a la casa las gentes del lugar, para manifestar su pésame a la familia y ofrecerse para lo que hiciera falta.

Por su parte, el pueblo y en su nombre, el Concejo, tenían también su papel que desempeñar y de ello nos dan prueba muy evidente y llamativa, las disposiciones que recogen algunas de las más antiguas Ordenanzas de estos pueblos, como las de **Villaoliva de la Peña** que, en 1553 establecen, ya en su primer artículo que:

«...quando en el d(ic)ho pueblo obiere cuerpo muertto que ningun vecino sea osado de yr a labor alguna fuera deel pueblo hastta que el cuerpo sea sepulttado so pena de quartteron de zera para la Yglesia a cada uno».

Disposición similar recogen las de **Viduerna de la Peña** y las de **Pino de Viduerna** de 1728, por las que además, se obliga a todos los vecinos a la asistencia en los entierros de convecinos mayores de 25 años. La comunidad entera y hasta las de los pueblos próximos, estaban pendientes del caso y de los actos que se iban a suceder en las horas siguientes, en los que la solidaridad colectiva, debía quedar claramente de manifiesto. Había que tocar las posas de difuntos y, por supuesto, hacer los preparativos para el enterramiento.

Sepulturas, Osarios y Cementerios

Entre los trabajos que debían llevarse a cabo, estaba el de sacar y limpiar las andas de los muertos, que el pueblo poseía para uso común y encargar la caja a un



Sepultura en el interior de la iglesia.

Carpintero de la localidad o de otra próxima, cuando este elemento empezó a utilizarse en época relativamente reciente, pues en tiempos más lejanos, el cuerpo era enterrado cubierto, a lo sumo, con un sudario. *Agustina García*, vecina de **Riosmenudos de la Peña**, nos facilita un testimonio de primera mano:

«Las cajas de los mayores, se forraban por dentro y por fuera con tela negra; con papel rosa, si era de una niña o azul, si de un niño... El Concejo tenía unas andas y una caja de uso común, en las que se transportaban hasta el cementerio, los cuerpos de las personas que no podían pagarse una; allí les sacaban de ella y los depositaban en la fosa: lo vi hacer de niña y me impresionó muchísimo...».



Enterramiento medieval (Villafría)

Otra tarea perentoria, era la apertura de la fosa en el cementerio, cuyo atención estaba a cargo de un vecino del pueblo, que se preocupaba de controlar la rotación de las mismas en el pequeño espacio disponible, con objeto de dejar transcurrir el plazo suficiente para la total pudrición de los cuerpos. Hasta bien avanzado el siglo XX, apenas si delataban su función los cementerios, más que por los ligeros túmulos de tierra que sobresalían del nivel del suelo; acompañados en alguna rara ocasión, por una tosca y desvencijada cruz de madera, carcomida por la intemperie. La mencionada informante, nos ilustra también al respecto:

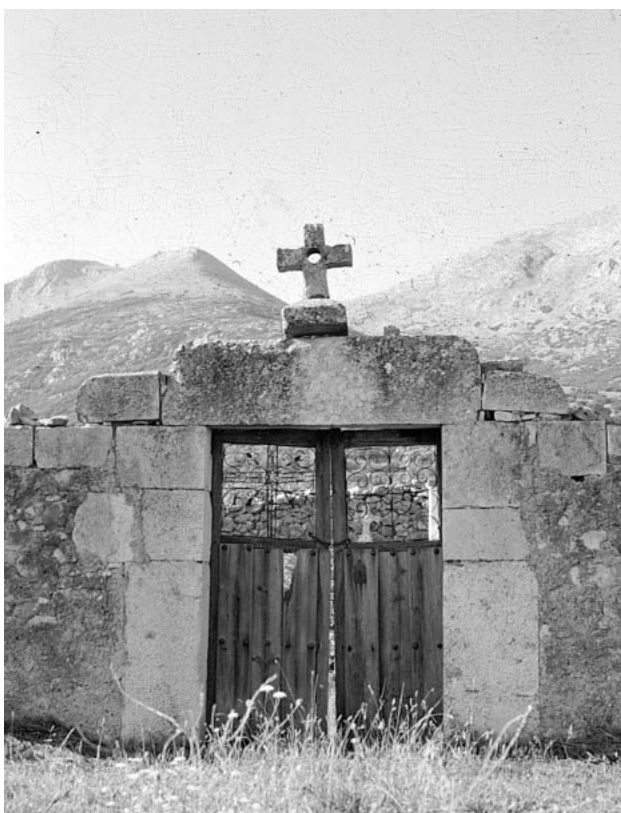
*Cuando yo era niña, no había cruces ni tumbas de mármol como ahora. Entonces lo invadían todo los hierbajos, salvo que algún vecino los segara por su cuenta. El abandono era general; ni siquiera para la festividad de **Los Santos** recibía atención alguna... La fosa era abierta por los familiares o por los miembros de una Cofradía que había en el pueblo para cumplir este trabajo, cuando fallecía alguno de sus miembros...».*

En esta operación, era habitual el hallazgo de los esqueletos de antiguos enterramientos, los cuales se depositaban en los osarios que, a tal fin disponía cada iglesia en sus anejos. Osarios que solían ser recintos cerrados a cal y canto, sin más acceso que un pequeño hueco en lo alto de la pared, de dimensiones adecuadas al paso de los huesos de mayor tamaño. Los enterramientos, adoptaron distintas formas en estos pueblos a lo largo de su historia. De los cementerios medievales, de fosas con lajas laterales y otras de cobertura, se pasó a las sepulturas en el interior de las iglesias, para volver a los cementerios a cielo abierto hacia el año 1800, a raíz de ser prohibidas aquellas, por razones sanitarias.



Osario de Viduerna.

Casi todas las iglesias de la comarca, conservan en el suelo, el típico enlosado de las antiguas sepulturas, cuyo uso tuvo en su tiempo diversas facetas. En primer lugar, la Iglesia debía obtener una licencia del Obispado para abrir nuevos huecos y, a su vez, se resarcía de los gastos, cobrando una cantidad por su utilización, la cual variaba en función de su proximidad al altar y del tipo de difunto, pues para un adulto oscilaba entre 10 y 30 reales y para un niño, se quedaba entre cuatro y seis. La mayor proximidad al altar, incluso a su pie, no sólo significaba una mayor relevancia social, sino que además, se estimaba que tal ubicación, propiciaría una más pronta y eficaz llegada de la gracia divina, lo cual motivaba se compitiera por ocupar tales espacios, especialmente por las familias de los hidalgos y los propios sacerdotes. Ello dio motivo a la Jerarquía Eclesiástica para corregir tal comportamiento, como dejó constancia el Visitador Pastoral de **Viduerna** en 1752:



Cementerio de Cubillo

«...muchas personas con pretexto de Devoción ridícula y quebrantando varios Decretos de la Sagrada Congregacion de Ritos, ordenan enterrarse al pie o devajo de las tarimas de los Altares... (por lo que manda al Cura) ...no permita se abran semejantes sepulturas, aunque sea para el seglar de condicion mas relebante...».

Pésames y Velatorios

Mientras tanto, no había cesado la actividad febril en la casa del difunto, a la que ya empezaban a llegar familiares y amigos de los pueblos próximos, para manifestar sus condolencias. El cuerpo ya se hallaba expuesto a las visitas, normalmente en el portal o en una habitación aneja, incluso en la propia cama, con un par de cirios en la cabecera, flanqueando, a veces, a un Crucifijo. Allí permanecería hasta el momento del entierro, velado por familiares y vecinos, que se turnaban a lo largo del día y de la noche, en los llamados *Velatorios*.

El velatorio, era un acto social de gran relevancia, en el que se demostraba una vez más, a los familiares, la solidaridad del vecindario, de la forma más manifiesta, al acompañarles físicamente en aquellas primeras y duras horas del dolor, especialmente en las nocturnas, en las que la oscuridad y las fantasías, podían jugar malas pasa-

das a las mentes en tensión. Por ello, y a lo largo de las horas, se iban turnando los vecinos, sin orden alguno, pero de forma que siempre hubiera varios. Durante ese tiempo, se rezaba de vez en cuando, a iniciativa de alguna persona piadosa recién llegada al turno de vela; pero, sobre todo, se hablaba acerca de los más dispares asuntos; se recordaban anécdotas de la vida del difunto e incluso se bromeaba, con el ánimo de relajar el ambiente. Los deudos solían aprovechar las últimas horas de la noche, para intentar dormir algo o, al menos, descansar el cuerpo de la fatiga y tensiones acumuladas.

El Entierro

Al fin, llegaba el momento de la separación física del difunto y la tensión volvía a subir en su domicilio, al que se acercaba el Sacerdote precedido por la Cruz procesional y acompañado por los monaguillos, a la vez que se congregaba el vecindario en su entorno. Los rezos y cantos fúnebres, resonaban en el silencio general, acompañados por el lúgubre doblar de la campana tocando *a Muerto*; si se trataba de un infante, tocaba *a Gloria*.



Entierro de un niño

Los hombres de la casa o allegados, cargaban con el féretro —*se decía, la caja*— y la comitiva iniciaba la procesión, entre los sollozos y hasta los gritos desgarrados de las mujeres de la familia, quienes solían quedarse en casa, recatadas y temerosas de presenciar las últimas escenas del drama. El cortejo, engrosado por los forasteros y en el que no faltaba nadie del lugar, caminaba en silencio, roto sólo en alguna ocasión por los rezos y acompasado por el sonido de la campana en su pausado tañer. Y como fondo, el rumor cadencioso que hacía el lento caminar de cientos de pies sobre la tierra o las piedras del camino. La Cruz, el féretro y el Cura, iban flanqueados por sendas filas de niños y de los hombres, tras ellos; las mujeres cerraban en bloque el cortejo; enlutadas la mayoría, algunas asidas fuertemente de los brazos o los hombros y todas compungidas, incluso sollozantes, susurraban plegarias ininteligibles.

Llegados al cementerio, el gentío se desparramaba por el reducido espacio del recinto, enmarcado por sencillos muros de piedra sin argamasa, concentrando su atención y rodeando la zona donde aparecía la fosa recién abierta, a cuyo lado reposaba ya la caja. Tras las oraciones y asperges de rigor, los hombres alzaban el féretro con una soga, haciéndolo descender suavemente en la fosa. Era el momento de mayor dramatismo, en el que los sollozos, de las familiares que se habían atrevido a llegar hasta allí, se convertían en lastimeros gemidos. Pero lo que realmente impresionaba, eran los golpes de las primeras paletadas de tierra sobre la madera de la caja y siempre, siempre, como fondo, el lúgubre tañido de la campana. Un entierro en los atardeceres serenos del otoño–invierno, resultaba realmente acongojante y hasta sobrecojedor.

A todos estos acontecimientos, asistían los niños del lugar, dominados por encontrados sentimientos de temor y curiosidad, venciendo siempre esta última, entre morbosos comentarios sobre muertos, osamentas y otras escatologías. Los más pequeños, experimentaban la primera aproximación a la muerte, con la contemplación del cadáver en el domicilio, donde habían podido acceder y permanecer con toda naturalidad y ahora, en el cementerio, escuchaban las leyendas que se transmitían los mayores, mientras observaban con asombro los huesos que iban apareciendo en el montón de tierra, a medida que iba siendo paleado para rellenar la fosa. Luego vendrían las angustiadas preguntas del por qué de la muerte; pero, de momento, habían recibido la primera lección de la vida. Los golpes de la azada, clavando una rústica cruz de madera sobre el montículo de tierra, señalaban el final de la ceremonia, mientras que el personal se iba alejando en pequeños grupos de gente, ya habladora, que se saludaba o comentaba recuerdos.

Convites y Caridades

Pero el día aún no había acabado para la familia, pues quedaba por abordar la última fase del ritual de tales ocasiones. A la salida del cementerio, volvían muchas personas hasta la casa, especialmente los forasteros, para manifestar de nuevo su pesar, dedicar unas palabras de consuelo y despedirse de la familia. También solía acudir el Sacerdote con el mismo fin y para concertar las consiguientes celebraciones litúrgicas, derivadas de los deseos de la familia y del propio difunto.

Al final, sólo quedaban los más allegados, entre los que siempre había forasteros procedentes de lejos y que, quizá, no regresarían hasta el día siguiente a sus respectivos hogares. Creo que es esta circunstancia –la atención a los forasteros– en la que se puede hallar una de las principales motivaciones del origen de los tradicionales convites que seguían a los entierros. A pesar de la angustia del día, la familia se veía obligada a preparar una copiosa comida, en la que no faltaba la carne en abundancia. Tal comida, no solía ser un modelo de moderación, ni siquiera en las formas, por lo que en los últimos tiem-

pos era ya mal vista, hasta que terminó por desaparecer una costumbre que había pervivido durante siglos y generaciones, a pesar de la oposición y los esfuerzos de la Iglesia por desterrarla, como deja patente la Visita Pastoral a *Villaoliva de la Peña* en 1723, la cual prohíbe expresamente y por respeto a los dolientes, estas comidas de entierro, de honras y de cabos de año.

Esa noche, se acordaban también toda una serie de actos, trámites y pasos, que habrían de darse en el futuro para normalizar la situación: cuentas, pagos, inventarios, almonedas, caridades, ofrendas y aniversarios. La vida seguía y había que sobreponerse al dolor. La malicia popular, había acuñado el sarcástico dicho de “*El muerto al hoyo y el vivo al bollo*”, para significar satíricamente, la prevalencia de las necesidades de la vida, sobre el dolor de la muerte.

En los últimos tiempos de la *Antigua Cultura*, ya se había perdido otra costumbre parecida a la anterior y con raíces aún más arcaicas; incluso pudo ser el origen del convite citado, aunque ambas convivieron durante siglos. Se trataba de las *Caridades* o fundaciones que dejaban, en ocasiones a perpetuidad, algunas personas en sus testamentos, con la idea de ofrecer un humilde refrigerio al vecindario o a los pobres asistentes a las honras fúnebres, como agradecimiento y recuerdo del difunto.

«...una Caridad que se reduce a una torta, un quartillo de vino y tres quarttos de dinero, todo lo cual se distribuye anualmente con los Pobres la tercer Dominica de Quaresma».

Y como ésta o parecidas, una docena más de Caridades que estaban en vigor a mediados del siglo XVIII en *Recueva de la Peña*, gravando otras tantas fincas, cuyos dueños, tanto por compra como por herencia, estaban obligados a correr con dichos gastos. Tampoco tales celebraciones eran del agrado de la Iglesia, que trataba, por todos los medios, de lograr su desaparición, prohibiéndolas e incluso reconvirtiéndolas, contra la voluntad de sus fundadores, en Misas por sus almas. El espectáculo debía ser poco edificante, a juzgar por lo que dejó escrito el Visitador Pastoral de *Villaoliva* en 1726, al ordenar al Cura que:

«...(no) permita se den car(ida)des de pan y vino a la puertta delos que mueren ni otras desta calidad...quando con ellas no se socorre nezesi(da)d a los pobres y antes se rresulttan muchas discordias y otros inconben(ien)tes...y si alguna persona las dejare, su importe se distribuia en misas y sufragios por su Alma...».

EN EL RECUERDO

En tiempos pasados, la desgracia de una muerte, se proyectaba sobre los deudos, con mayor o menor dureza, a lo largo del tiempo, incluso durante toda su vida. Los lutos, los sufragios y las ofrendas, no eran más que algunas de las más aparentes servidumbres o penalidades que

recaían sobre la familia. En otros tiempos y para la mayoría de las mujeres, la viudedad era prácticamente sinónimo de pobreza; de hecho y por vía de ejemplo, sólo era considerada como medio vecino, a la hora de su valoración administrativa.

Los Lutos

El luto, es otra costumbre prácticamente desaparecida, a pesar de que estuvo plenamente en vigor hasta hace apenas medio siglo. Era y significaba la muestra externa del dolor por la pérdida del ser querido y tenía varias manifestaciones, siendo la más aparente la del vestido, que afectaba muy especialmente a las mujeres, cubiertas de negro, desde la cabeza a los pies; mientras que en los hombres, se resolvía con un brazalete negro en la chaqueta o camisa; sólo los niños menores de catorce años solían quedar libres.

Otra manifestación del luto, venía de la mano del recato en los comportamientos, lo que de nuevo volvía a recaer en mayor medida en las mujeres de la familia, como nos vuelve a explicar *Agustina*:

«...nada de risas, ni de cánticos; nada de fiestas, ni de bailes. Apenas si se salía a la calle; sólo para lo imprescindible. No se ponía la radio, y se mantenían las ventanas cerradas o en semipenumbra, sobre todo, cuando se celebraba alguna fiesta en el pueblo... El luto tenía una duración que variaba según el grado de parentesco que unía con el difunto: tres meses por los Tíos y seis por los Abuelos; un año por el Hermano y dos por los Padres o Hijos mayorcitos, pues por los niños no se guardaba luto, al considerar que habían ido al cielo...».

Como era frecuente que se sucedieran los fallecimientos de unos u otros familiares, había casos en los que no se libraban de un luto y ya tenían otro encima, por lo que había mujeres que, con la treintena de años, y un poco de mala suerte, unida a la necesidad de aprovechar los vestidos, se vestían de luto ya de por vida; aunque las que más sufrían las consecuencias, eran las jóvenes, siempre más controladas socialmente que sus hermanos, viéndose privadas de cualquier tipo de diversión y de las ocasiones de relacionarse. Los días siguientes a la defunción, era habitual en las casas, la imagen de las calderas o baldes con el tinte negro, en los que se iban tratando las prendas de vestir consideradas necesarias.

Funerales, Novenarios y Aniversarios

Ya vimos al principio, cómo quedaban instituidas estas obligaciones en los testamentos, de las cuales tomaban buena nota los Párrocos, para evitar olvidos más o menos *involuntarios*. A falta de tales disposiciones testamentarias, eran *socialmente* obligatorios la Misa de Funeral o de *Memorias*, el Novenario de Misas y los *Cabos de Año*. En algunos lugares, como *Congosto de Valdeavia*, localidad lindante con la comarca de *La Peña*, era

habitual, durante el Novenario, la reunión nocturna de familiares y allegados, especialmente las mujeres, en la casa del difunto, para realizar diversos rezos por su alma, entre los que estaba un original “*Reloj del Purgatorio*”, con doce breves estrofas, seguida cada una del correspondiente *Padrenuestro* (2).

En cuanto a los *Aniversarios*, tenían un tratamiento especial y una pretensión de permanencia en el tiempo, incluso indefinida, por lo que eran objeto de disposición testamentaria y, por ello, ajenos a la voluntad de la familia. En principio, no se correspondían con el aniversario de la defunción, propiamente dicho, sino que la palabra hace referencia a su celebración anual, eso sí, en un día fijo, que señalaba el propio testador, así como el lugar de su celebración; así como el nivel de la ceremonia. El pago de ellos, era un débito permanente que recaía sobre el heredero de la propiedad sobre la que recaía tal carga, incluso aunque esta fuese vendida a una tercera persona, ya que el valor de la tal finca así heredada, quedaba disminuido indefinidamente por el importe de dicha carga, por lo que, en teoría, se debía seguir celebrando, generación tras generación. Ello daba lugar a controles y *recuerdos*, por parte de los Párrocos, como principales interesados, que incluso exponían al público las *tablas* con el calendario de tales obligaciones. No fueron tampoco extrañas las reclamaciones, incluso los pleitos judiciales, en tal sentido. Hasta se hacían *Apeos* o inventarios de ellos, ante Notario.

Uno de estos *Apeos*, hecho en *Viduerna* en 1717, registra 31 Aniversarios, cuyo importe solía estar reflejado en dinero, oscilando entre 1 y 27 reales de vellón, aunque a veces lo concretaban en especie (3).

«...y mando quel Cura destte lugar diga una missa por su anima y se le de de comer y beber...» (dice uno).

«...y mando quel Cura ... ruegue a Dios por su anima y se le den ocho m(a)r(avedi)s, una oblada, candela y vino...» (manifiesta otro).

«Para el dia de San Lorenzo de cada un año para siempre jamas...» (establece un tercero).

«...que anual y perpetuamente...» (señalaban otros).

Ofrendas y Responsos

Otra de las estampas ya desaparecidas de la *Antigua Cultura*, relacionada con la muerte, era la mujer de la casa, arrodillada sobre la sepultura de la familia, con un pan al lado y manteniendo encendidos los cirios –uno o dos, los días laborables y dos o tres, los festivos– soportados por el hachero correspondiente, mal llamado también *sepultura*. Las filas de bancos en las naves de las iglesias, son un elemento relativamente reciente en ellas, pues, hasta hace poco más de 50 ó 60 años, solamente había alguno en el coro o adosados a las paredes, estando el resto de la nave ocupado por las sepulturas, en las que se acomodaban las mujeres que las atendían, provistas de una almohada que las servía, ora de asiento, ora de rodillera.

Estas mujeres eran portadoras de las *Ofrendas*, cuando las correspondía, según la costumbre o atendiendo a lo dispuesto por el familiar difunto.

«Ytten m(a)ndo se ofrende por mi anima y ssobre mi sepultura por ttiempo y espacio de medio año siguiente a mi fallezimiento pan y vino y sera cada un dia segun se acostumbra en este d(ic)ho lugar y d(ic)ha ofrenda me la lleve Angela Fuentes mi muger y por el ttrabajo de llevarla se la paguen sus der(ech)os devidos...».

Disposición que dejó hecha el testador que presentamos al principio, en la que apreciamos un elemento muy llamativo, en la expresión “*me la lleve*”; idea y significado que nos retrotraen a épocas y costumbres primitivas y precristianas, pues de la literalidad de la frase, se desprende que la tal ofrenda iba destinada al propio difunto, aunque luego se derivara hacia el altar.

«Durante el novenario, era costumbre ofrecer un panecillo en misa, por parte de la mujer que representaba a la familia del difunto. Esta ofrenda era especial en el funeral; ocasión en la que se colocaban uno o dos cestos al lado del hachero, donde iban depositando sus ofrendas, antes de comenzar la misa, los familiares y allegados. Estas ofrendas eran siempre de panes o huevos y cuando llegaba el Ofertorio, los cestos eran acercados hasta el altar por dos o tres mujeres. Lo normal, era que las ofrendas se repitieran a lo largo del año, en las cinco o seis festividades más importantes; fechas en las que ya eran varias las mujeres que ofrendaban, por sus respectivas obligaciones. Lo hacían al llegar el Ofertorio, formando una fila, con el pan en una mano y una vela encendida en la otra; iban dejando el pan en el altar y apagando la vela, regresaban a las sepulturas correspondientes. Estos panes los llevaba después el Sacristán a la casa del Cura».

Nos vuelve a ilustrar Agustina, con su testimonio de los últimos tiempos de esta costumbre.

Las sepulturas de las iglesias, aún eran escenario de otro rito religioso, el de los *Resposos* o rezos por el alma del difunto correspondiente a cada una. Estos resposos, tenían lugar al finalizar la misa de cada día, para lo que el Sacerdote, se acercaba a la sepultura donde iniciaba una serie de *Requíens*, rematados cada uno de ellos por un Padrenuestro y por una pequeña limosna, que los asistentes iban depositando, en un continuo ir y venir, en el bonete del Sacerdote, sostenido por uno de los acólitos que le acompañaban. Tales eran las formas y maneras en los últimos tiempos de esta costumbre, aunque parece ser que, en épocas pasadas, estas oraciones eran costeadas directamente por la familia del difunto, al menos durante los plazos que éste había estipulado en su testamento.

«Ytten mando que durantte d(ic)ho medio año sig(uien)te a mi fallecim(ien)to se diga por mi anima y ssobre mi sepultura un rresposso cada un dia los

de fiesta canttado y los demas rezado y se paguen los d(e)r(ech)os de decirle que assi es mi b(olunt)ad.»

continuaba disponiendo el referido testamento de 1693 y que, con pocas variantes, se repetía en todos los de la época.

Fundaciones

Por aquellos tiempos, también era relativamente frecuente por todos estos pueblos, la existencia de humildes fundaciones de tipo benéfico o altruista; raro era el que no contaba con un *Hospital de Pobres*, un pequeño *Pósito* o, simplemente, una ayuda para sostener la presencia del *Maestro de Primeras Letras* (4). Todas ellas, procedían de legados dejados por algún vecino, entre los que destacaron los Sacerdotes.

Hoy as, por su evidente relación con el tema que nos ocupa. En los libros de *Recueva de la Peña*, aparece anotada en 1646, una fundación de este estilo:

«...dejo un censo que rinde cada un año once reales... (para el Cura, para que cuide) ...de hacer tocar la campanilla de las animas a las noches... (y los otros ocho, a sus herederos, para que) ...tengan obligación de tocar dicha campana».

Obligación que se fue cumpliendo religiosamente, año tras años, porque aún quedan vecinos en el lugar que dan fe de cómo vieron, en su juventud, recorrer las calles a la persona encargada, tocando la esquila, para recordar al vecindario el rezo por sus difuntos. También es verdad que, con posterioridad al legado dicho, debió existir otro con el mismo fin, basado en la renta de una finca, la cual era conocida



El toque de Ánimas

por eso en el lugar como *Tierra de las Animas*. Similar costumbre, existía también en *Villalbeto de la Peña* (5).

CONCLUSIÓN

La muerte fue, durante siglos, no sólo motivo de temores ancestrales, sino que suponía para los protagonistas, un paso hacia lo desconocido, en cuyo mundo estaba en juego su vida eterna –Muerte, Juicio, Infierno y Gloria– y sabedores de sus muchas *debilidades* habidas a lo largo de la vida, optaban claramente por el Purgatorio como mal menor, en la confianza de que limosnas y rezos, abreviarían substancialmente su paso por él, alcanzando así con rapidez, la vida celestial.

Como consecuencia de ello, dejaban unas herencias plagadas de obligaciones, que debían asumir los herederos, las cuales llegaban a constituir gravosas cargas, que difícilmente podían soportar las menguadas economías de aquellas gentes, pues algunas de ellas, eran a perpetuidad.

Todo ello quedaba enmarcado en el mundo religioso de la Antigua Cultura, dando lugar a formas y pautas de comportamiento, amén de severos controles sociales,

que las generaciones venideras, ayunas de experiencias próximas, tendrán dificultades, no sólo para imaginar, sino, incluso, para comprender.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) MEDIAVILLA DE LA GALA, L. M. y MERINO RODRÍGUEZ, B.: “Los Ofrecidos del Brezo”, *Cuadernos de La Peña*, n° 1. Valladolid, 1999.
- (2) MANRIQUE CAMPILLO, A.: “Historia y vida de un pueblo de La Valdivia: Congosto”, Palencia, 2001, p. 507.
- (3) MEDIAVILLA DE LA GALA, L. M.: “Viduerna de la Peña”, *Cuadernos de La Peña*, Valladolid, 2004, pp. 23 y 24.
- (4) MEDIAVILLA DE LA GALA, L. M.: “Villalbeto de la Peña”, “Viduerna de la Peña” y “Recueva de la Peña”, *Cuadernos de La Peña*, n° 7, 9 y 10.– Valladolid, 2003, 2004 y 2005, pp. 22; 10–11; 16 y 22.
- (5) “Villalbeto de la Peña” y “Recueva de la Peña”, (ya citados), pp. 23 y 35.



MOTIVOS LEGENDARIOS EN LA PROVINCIA DE LEÓN. ANTIGUA PELEA MÍTICA ENTRE EL SOL Y LA LUNA

José Luis Puerto

En torno a las leyendas existen muchos equívocos. Uno de ellos consiste en creer que todas tienen desarrollo argumental o narrativo, cuando no es así. No pocas se reducen a simples creencias, o a un mero enunciado; son las leyendas embrionarias, de que hablaba Vicente García de Diego.

Otro de los equívocos consiste en confundir las que proceden de tradición libresca (y en León hay bastantes) y las que se hallan vivas en la tradición oral. Son leyendas de distintos tipos y nada tienen que ver las unas con las otras. Las primeras están muertas, nos llegan por vía erudita. Las segundas podemos aún, por fortuna, recogerlas en nuestros pueblos, de labios de nuestros campesinos.

Y un tercer procedimiento viciado, que se ha cultivado en demasía y que se sigue, por desgracia, cultivando aún, consiste en embellecer (argumental y estilísticamente) las leyendas que en la tradición oral son más escuetas o más simples, así como en añadirles elementos ajenos a ellas. Y todo esto se ha hecho, y se sigue haciendo, no pocas veces.

Nosotros vamos a ir mostrando motivos legendarios, vivos en la tradición oral de la provincia de León, comenzando por leyendas relativas al cielo, que podrían ser calificadas como leyendas cosmogónicas y meteorológicas. Abundan más de lo que pudiera parecer y apenas han sido recogidas.

UN COSMOS ANIMADO

Comenzaremos por exponer –prescindiendo en este caso de referencias bibliográficas– un motivo legendario, vivo entre los campesinos, en determinadas áreas de la provincia de León. Consiste en el relato escueto de una antigua pelea mítica que sostuvieron el Sol y la Luna.

La invención de tal pelea es la explicación legendaria que da el pueblo para explicar por qué tienen manchas tanto la Luna como el Sol y por qué a este último se le ven como “agujas”, según la percepción popular. Tales “agujas” no serían más que un acercamiento al ámbito humano de los rayos solares.

Dentro de lo que es la animación y personificación del universo –un rasgo característico de la mentalidad tradicional del campesinado–, se encuadra la atribución, tanto al Sol como a la Luna, de caracteres y de rasgos animados. Para los pueblos primitivos, el cosmos está animado, está dotado de vida: el Sol, la Luna, las nubes, el arco iris, la tormenta...; todos estos elementos pueden

ser favorables o desfavorables, propicios o adversos, de ahí que haya que tenerlos en cuenta, para beneficiarse de ellos o para protegerse, cuando son un peligro.

UNA ANTIGUA PELEA MÍTICA ENTRE EL SOL Y LA LUNA

En la percepción popular, para explicar por qué el Sol y la Luna nunca coinciden, ya que el primero es el astro del día, mientras que la segunda lo es de la noche, se habla de una antigua pelea entre ambos, que expresa, por ejemplo, una copla recogida en Villacidayo:

ETNO-TEXTO 1

*La Luna y el Sol riñeron,
perdieron las amistades;
el Sol sale por la mañana
y la Luna, por la tarde.*

Pero esta antigua y mítica pelea entre los astros del día y de la noche también la recoge un interesantísimo motivo legendario, conocido sobre todo en determinadas áreas del oeste de la provincia, como son las de Ancares, El Bierzo y La Cabrera.

En el origen, el Sol y la Luna fueron muy amigos. Pero después se enemistaron y tuvieron una pelea mutua, una pelea mítica, que las leyendas leonesas nos describen así:

– La Luna le arrojó al Sol un puñado de *cernada* (ceniza), porque le tenía envidia, ya que alumbraba más que ella. Es lo que se dice en la localidad berciana de Acebo (ayuntamiento de Molinaseca). Y así se explica que el Sol tenga manchas.

ETNO-TEXTO 2

[¿Por qué el sol tiene manchas?] Porque la luna le echó ceniza, porque tenía envidia, porque alumbraba más que ella.

Dicen que un día la luna, al sol, le echó un puñado de cernada –¿ónde la cogió?, es que no sé ónde la cogió–, porque le tenía envidia, porque alumbraba el sol más que ella.

(Acebo. Josefa Puente Simón, 65 años. 8 de mayo de 2004).

– Tanto en Ancares como en La Cabrera, se dice que el Sol le arrojó a la Luna un puñado de ceniza, de ahí sus manchas; mientras que, como respuesta, la Luna le lanzó

al Sol un puñado de agujas, de ahí que se perciban cuando se le mira (en realidad, serían los rayos). Este motivo lo hemos recogido, por ejemplo, en la localidad cabreireña de Ambasaguas y en la ancareña de Balouta.

ETNO-TEXTO 3

Que eso que era un puñado de ceniza que le había echau el sol a la luna. Y la luna que le había echau aújas al sol. Eso se decía, los viejos. Es lo que decían.

(Ambasaguas. Secundino Villarpriego Carrera, 83 años. 5 de septiembre de 2004).

ETNO-TEXTO 4

Bueno, pues sí que dicen que tenía unas figuras, sí, que tuvieran..., ¡pero eso son cuentos! Que le tirara, el sol que le tirara a la luna un puñado de tierra. Y luego la luna que le tirara al sol unas aújas, que por eso ahora, cuando se ve, se hacen unas aújas. ¡Ésas son historias!

El sol le tiró tierra a la luna y le ha dicho a la luna:

– Retírate, bandolera.

Y la luna le contestó, dice:

– Vale más rondar de noche, que no de día y quemar.

(Balouta. Manuel Álvarez Fernández, 81 años. 5 de octubre de 2004).

Este mismo motivo se conoce parcialmente en localidades de El Bierzo (Compludo...) y de La Cabrera (La Baña...), cuando se indica que el Sol le arrojó ceniza a la Luna, formándole manchas en parte de su superficie visible.

ETNO-TEXTO 5

Pues, mire, lo del sol dicen que si le tiró un puñado de ceniza a la luna. Y es la mancha que lleva la luna, cuando eso. ¿Ve que, cuando se ve de noche tiene aquel, el cerco redondo, pero en el centro siempre lleva una pequeña nube? Y dicen que si fue el sol que le tiró un puñado de ceniza.

(Compludo. Francisco Castaño Brañuelas, 66 años. 15 de septiembre de 2004).

ETNO-TEXTO 6

Contaban algunos viejos –malamente, que no tenían ni idea– que la luna cuando se ponía oscura, que era porque le habían echao un puñado de ceniza. [¿Quién le había echado el puñado de ceniza?] Bueno, otros, otro astro, el sol.

(La Baña. José Martínez Bayo, 69 años. 5 de septiembre de 2004).

– En la localidad de Pereda de Ancares, se nos indica una variación con respecto a este motivo legendario del que tratamos. Las manchas que se perciben en la superficie solar se explican del siguiente modo: El Diablo, por hacerle daño, le lanzó al Sol el *borrallo* (borrajo, rescoldo) de la lumbre, de ahí que le dejara tal huella.

ETNO-TEXTO 7

Dice que si le habían echau como ahora, le llamamos nosotros, el borrallo de la lumbri, ¿no?, que el Diablo le había echau el borrallo. [¿Por qué?] Bueno, por hacer daño.

(Pereda de Ancares. Antonio Rodríguez Fernández, 83 años. 25 de octubre de 2003)

EL SOL CALIENTA MENOS QUE ANTES

Y pasaríamos así a una nueva percepción popular, que constituye otro motivo legendario, relacionado con la degradación de los tiempos (de una primordial edad de oro, se pasaría a una siguiente de plata, para terminar en la degradación de la de bronce): el Sol calienta menos que antes, puesto que se ha hecho más viejo, ha envejecido, se encuentra en su ancianidad. De nuevo, estamos ante la animación del cosmos, a través de una analogía que se ha establecido entre el astro solar y el ser humano.

El señor Emiliano, de Valsemana, nos lo expresa así, en un delicioso etno-texto:

ETNO-TEXTO 8

El sol dicen que calienta menos. No sé si es cierto o si no. Que calienta menos que calentaba. Yo se lo he oído decir que el sol que calienta menos que calentaba, que ha perdido calorías. Pero yo, por lo que es, no lo puedo saber. No sé si se acabará también, si no.

(Valsemana. Emiliano García Fernández, 78 años. 10 de marzo de 2002)

Y este motivo se halla extendido en distintas zonas de la provincia de León. Lo hemos podido documentar, por ejemplo, en localidades tan distintas y tan distantes, como Maraña, en los Picos de Europa; Bercianos del Real Camino, en la comarca de Sahagún; la Velilla de Valdoré, en la alta ribera del Esla; Valsemana, en la del Bernesga; o Santiago Millas, en plena Maragatería.

ETNO-TEXTO 9

Nos calienta menos ya. Que nos calienta menos que nos calentaba. [¿Por qué?] Ah, no lo sé, porque están arriba en la luna haciendo algo. O por allí arriba.

(Maraña. Salomé Ordóñez Ordóñez, 66 años. 14 de septiembre de 2002)

ETNO-TEXTO 10

Bueno, sí, eso, dice:

– Esto ya no es lo que era antes.

Como la lluvia, igual. Dice:

– Antes aquí se tiraba –dice.

Ahora el otro día estuvo lloviendo dos días. Y resulta que todos nos subíamos las manos a la cabeza:

– Madre mía, yo no sé qué va a ser esto.

Y, claro, porque decía la gente, dice:

– Pero, bueno, entonces aquí, cuando estábamos en el mes de enero, y estaba todo el mes lloviendo.

Y estábamos tan tranquilos, con las madreñas, aquí madreñas pa arriba, madreñas pa abajo. Y ahora llueve dos días y nos creemos que...

(Bercianos del Real Camino. Olegario Pastrana Mencía, 63 años. 6 de octubre de 2002)

ETNO-TEXTO 11

Pues sería una premonición o yo qué sé qué sería. Como la del sol, que si el sol pierde fuerza, que se apaga, paulatinamente.

(La Velilla de Valdoré. Orencio Recio Díez, 71 años. 3 de agosto de 2003)

ETNO-TEXTO 12

Menus. Y menus verano. [¿Por qué?] Ah, pues no lo sé; pues será la atmósfera que nos mandan pa arriba.

(Santiago Millas. Catalina Casas Turienzo, 78 años. 15 de mayo de 2004)

Tendríamos, así, un relato legendario, en la tradición campesina leonesa viva, que partiría de un tiempo primordial en el que el Sol y la Luna mantendrían una firme amistad, para pasar a un tiempo posterior en el que el primero le arrojó ceniza a la segunda, para tratar de oscurecerla, respondiéndole el astro lunar con un puñado de agujas, ¿para deshincharlo?, o de ceniza, también para que perdiera su luz. Una luz que el Sol ha ido perdiendo, pues ha ido envejeciendo con los siglos.

Perspectivas míticas, vivas en el imaginario tradicional colectivo del campesinado leonés, que nos hablan de un cosmos poblado y habitado por astros y fenómenos con vida y, por tanto, con pasiones; astros y fenómenos que se aplacan o se enfurecen y a los que, por ello, el ser humano –con respeto y temor– ha prestado atención durante tantos siglos.



MUSEO ETNOGRÁFICO
DE CASTILLA Y LEÓN
ZAMORA



Gracias a todos

Han sido años de recuperación de piezas,
de documentos, de recuerdos... para formar
la gran colección de etnografía
de Caja España, que ahora cobra
su sentido: compartir nuestra memoria.

Caja España

OBRA SOCIAL



Damos soluciones

